

*Biblioteca Popular de Cultura Colombiana*

*Julio Flórez*

*POESIA*

*Publicaciones del Ministerio  
de Educación de Colombia.*

*Prensas de la Biblioteca Nacional—1945*

Julio Flórez

Co. 381 S  
416 p.  
Caja 100

# POESIA

210457  
Bibliotec. Arango

BANCO DE LA REPUBLICA  
BIBLIOTECA LUIS ANGE ARANGO  
PROCESOS TECNICOS

No. de caso 213467  
Procedor D. Achaqui V'  
Fecha nov/90 Procto 8

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

## JULIO FLOREZ

*En aquella época en que los vagos anhelos de la pubertad comienzan a trocarse en ritmo y se nace a la vida del canto, nosotros, los del grupo (que no "generación") de los Nuevos, topamos, quieras que no, con la popularidad hostigante de Julio Flórez.*

*¡Qué difícil nos pareció desde aquel entonces remontar esa corriente de admiración incondicional! Respetado por los hombres, querido por las mujeres, anclado definitivamente en el corazón de su pueblo, Flórez está de regreso de todas las vanidades, y harto ya de bohemia y de gloria le vuelve la espalda a la ciudad y se recluye con su yo, allá, en Usiacurí, bajo del cielo cerulescente y frente del mar innúmero, como en el único escenario digno de su soberbia, de su monstruosa soledad.*

*Flórez comenzaba a sobrevivirse. Había entrado en la leyenda, y sabido es que toda leyenda enseña siempre más acerca de un personaje dado que su vida misma, como que es su interpretación.*

*Dijérase que la sola evocación de su nombre conjuraba en torno suyo una manera de conclave de cipreses astrólogos, entre surtidores que perdieron la memoria y "un éter de suspiros" inconsolables, como la Selene de Poe.*

*Todo en Flórez es tétrico, abracadabrante y sombrío. Hasta la copa en que escanciara el turbio ajenjo del Sena a la pálida luna de Santa Fe, no*

era precisamente aquella que “modelara un artifice impecable sobre los senos de la Argiva Helena”, sino esa otra, la cercenada de un cráneo, que el bardo mismo robara en cierta pávida noche, escalando las “paredes ennegrecidas” del camposanto. Ese ajedrez del camposanto con el que Flórez soñara siempre para jugarle su vida al Destino en el albur de la partida final.

Acaso ese cuadro inefable: “La isla de los muertos” de Boecklin, de tan pungente y aterida serenidad, fuese el único ambiente apropiado para la lenta y desolada *theoría* de sus canciones necrófobas.

\* \* \*

Cuando me fue dado conocerle personalmente, en algún pueblecillo de la Sabana, me expliqué ese extraño poder de sugestión privativo de los hombres y de las ciudades “corales”. Ese algo misterioso que se lleva tras de sí las multitudes sin explicación plausible ni motivo fundamental.

No era el Flórez de las fotografías. Al menos de las fotografías más conocidas. Era un hombre supremamente aristocrático. Tenía mucho del príncipe enlutado de la tragedia. Fuerte en su delgadez, más alto que bajo, negra como la endrina la media melena, tupidas las cejas y soñadores los ojos. Ojos alclados, ausentes y tristes, noblemente tristes, bajo los párpados pesados, quizá por lo gruesos, que daban a sus pupilas una como cálida y brumosa lejanía crepuscular.

Eran los labios sedientos bajo el bigote ya delgado, fino y castigador de don Juan. Y entre la frente serenísima y el levantado mentón, señoreando el rostro atezado y mate, la fuerte, sensiti-

*va y tajante nariz. Esa perfecta nariz, tan difícil de encontrar —al decir de Tejada—, como un alma perfecta.*

*Vestía un elegante paletó negro, ligeramente entallado, como la levita de Larra, por cuyas mangas asomaban las manos pulcras, nerviosas, elocuentísimas, del declamador sin segundo, y se tocaba con un fino sombrero de jipijapa en forma de tirolés. Esta la envoltura carnal del Flórez que yo conocí.*

\* \* \*

*Si el arte —el verdadero— es de siempre, el artista, en cambio, es de su época. Mientras más fielmente refleja ésta, tanto más grande es la obra. Y la época de Flórez es ese fin de siglo en que era elegante ser triste, en que al esplín se le consideraba dandysmo y al tedium vitae el summum de todas las delicuescencias mentales.*

*Romántico, como la pléyade de los poetas mayores: Hugo, Musset, Lamartine, en Francia; Tennyson, Schelley, Byron, en Inglaterra; Schiller, Horlderlin, Heine, en Alemania; Leopardi, Stlecchetti, Carducci, en Italia; Bécquer, Espronceda, Campoamor, en España; Whitman, Longfellow, Poe, en Estados Unidos; Darío, Nervo, Chocano, en las Américas; Flórez sigue la corriente, pero siempre solo y a su manera. Quiso permanecer fiel a sí mismo. A lo mejor de sí mismo, como aconseja Marco Aurelio. Quiso ser un cantor, y eso fue.*

*Como en la copla andaluza, sólo tres motivos capitales se asoman temblando al espejo empañado de lágrimas de su poesía: la tierra, rodando maldita como una bola de angustia entre una charca de colores primarios; la madre, en cuyo seno se*

*arropa como un niño rebelde y medroso, y la hembra, la hembra dura y cruel, ciega y bruta, tal una fuerza inexorable de la naturaleza.*

*Como los danzantes malditos del medioevo que no pudieron detenerse jamás en su ronda frenética, y giraron, giraron como un torniquete de angustia hasta perforar la tierra, desapareciendo en sus senos: así los cantos de Flórez.*

*Todos, como bajo un signo fatídico, giran en torno a ese pensamiento de la muerte que, al decir de Maeterlinck, debe sernos el más familiar. Giran loca, terca, insistentemente, en veces hasta el fastidio.*

*A la manera de Teresa de Jesús, que no entendía el discurrir de los días como un ir viviendo sino como "un ir muriendo", Flórez nació para morir. Pero no para morir un día, como todos los seres, sino para morir cada día, a cada momento, con cada segundo.*

*Algo se muere en mí todos los días,*

*gritó en uno de los más bellos versos que hayan brotado de la lírica castellana.*

*La poesía de este trovero genial es a manera de la escarcela de un mendigo miliunanochesco. Una escarcela rota y ajada de la que de tarde en tarde se escaparon piedras preciosas que su dueño, demasiado generoso, ni las echara de menos ni las quisiera engastar.*

*¡Cuánta flor de milagro por esos jardines de su poesía!*

*¡Todo nos llega tarde, hasta la muerte!*

*nos dice en un doloroso comprimido de angustia.*

*De la madre, a quien amó sobre todos los seres y las cosas, en la que cifró y compendió sus "altas ternuras", confiesa:*

*Yo la adoro, la adoro sin medida,  
con un amor como ninguno grande...  
¡Grande, a pesar de que me dio la vida!...*

*Ora, en la "Pedrada", acaso la más pura y transparente de sus poesías, nos narra cómo, de niño, en el momento de arrojar un guijarro hacia la línea azul del confín, rasga el zig-zag fulmíneo del rayo, la copa invertida del cielo. Medroso, corre a su madre. Y la conmina con este verso inefable, de una ingenua sublimidad:*

*¡Escóndeme, por Dios, que he roto el cielo!*

*Ya, de igual a igual, increpa al Tequedama. Contempla en su caudal la faz del Creador, o le dice:*

*¡Trágico emperador de la montaña  
que finges en tu horrisono descenso,  
a través de la trémula maraña,  
una sonora tempestad de incienso!*

*Muere Víctor Hugo y Flórez traza este terceto genial:*

*Sobre la gran esfinge del desierto  
un águila caudal clavó la garra  
y le dijo al oído: —¡El viejo ha muerto!*

*El océano es para Flórez una lágrima de Satán, el gran rebelde, el gran caído.*

*Pinta un crepúsculo y se agiganta como un Miguel Angel coloso hasta la Sixtina del cielo:*

*El sol, desde el cenit, resplandeciente  
dispara ya los rayos de su frente  
en campo abierto, azul, limpio de galas,  
cual si hubiesen barrido los querubes  
los oscuros encajes de las nubes  
con los blancos plumones de sus alas.*

*A veces se torna galante y madrigalista y sus  
versos se inclinan como pajes que dibujaran su  
secreto de amor en las varillas de un abanico ducal:*

*Fasan los colibries por los vergeles  
y se clavan sus picos como saetas  
en las bocas rosadas de los claveles  
y en los ojos azules de las violetas.*

*Lloró cuando la dije: —¡Adiós, mi vida!  
Y a través de las gotas de su llanto,  
sus inquietas pupilas parecían  
dos góndolas azules naufragando.*

*¿Que robé un beso a tu faz?  
(de ese pecado me absuelvo);  
si quieres, te lo devuelvo,  
y así quedamos en paz.*

*Son fugaces escapadas hacia la vida, hacia el  
amor, hacia el arte, vencedor de tiempo y olvido.  
Pero ese obsesivo misterio del más allá lo embruja  
otra vez. Es que las prensas de ese lagar de la  
muerte le oprimen de nuevo el racimo siempre hen-  
chido del corazón, y suspira:*

*Entierro un grano de trigo  
y el grano produce granos;  
entierro un hombre, ¡y el hombre  
sólo produce gusanos!*

*Pero es en "Job" donde Flórez, surgiendo como un Lázaro resurrexco desde las negruras del estercolero humano, asciende hasta las más altas cimas de la poesía universal y se nos transfigura ya para siempre jamás en un excelso Tabor de luz:*

*Job, el leproso formidable, hediondo  
hasta asfiziár, su acuosa podredumbre  
siente un día rodar bajo la lumbre  
de un sol de estío, refulgente y blondo.*

*Y el ojo clava en el azul sin fondo  
de la impasible, sideral techumbre,  
y, olvidando su antigua mansedumbre,  
lanza un rugido lastimero y hondo.*

*Es ya de noche: un charco nauseabundo  
de carnes desleídas y asquerosas  
se dilata a los pies del santo inmundo.*

*Y entre aquel charco, atónitas y bellas  
como enjambre de abejas luminosas,  
mira Job, cabizbajo, las estrellas.*

\* \* \*

*Flórez ha sido el único poeta popular en Colombia, tierra de poetas. Y lo fue cuando no era posible serlo. Pombo, Silva, Valencia, Castillo, esos grandes maestros, sus contemporáneos, fueron siempre poetas de minorías. ¡Qué recia personalidad (ya que personalidad es resistencia) acusa Flórez al haberse sustraído al influjo estimulante de todos ellos!*

*Sólo quiso seguir a Hugo, pero no lo siguió, no siguió a nadie, como nadie lo siguió con fortuna a él. Darío nos legó su verso maravilloso. El mismo que se escribe hoy día en España y en las Amé-*

*ricas, aunque algunos no quieran creerlo así. Silva nos dio la tónica. Nos legó la penumbra, la voz íntima, asordinada, limpia de estridencias. Nos enseñó el manejo del esfumino. Nos redimió del feo pecado de tropicalismo. Valencia nos enseñó la perfección formal, nos dejó como arquetipo su obra, y en una línea tan sólo nos compendió su doctrina: "sacrificar un mundo para pulir un verso". Castillo, el virtuoso del tono menor, nos legó la sugerencia, la media-tinta, el matiz. Chocano, el ímpetu; Lugones, toda la gama.*

*Flórez, siempre trashumante, se nos fue con su guzla a cuestras sin dejarnos una manera ni un discípulo, uno tan solo. ¡Ni siquiera aquél que hubiera de negarle algún día!*

*¿Que su influencia persiste en la masa? Aún está por averiguar quién influyó en quién. Si Flórez en la masa o la masa en Flórez.*

*Este pueblo nuestro, desnutrido, triste, perezoso y sensual, tenía que captar, claro está, la melancolía sepulcral del bardo, que era su propia melancolía.*

*Flórez tiene una lujuria típicamente freudiana. Una lujuria triste, tarda, reflexiva. La mujer en toda su plenitud no le hace pensar, como a Petrarca, en toda aquella vida que busca la vida, sino en toda aquella podredumbre en potencia, que ha de cosechar la muerte:*

*¡Vuestros encantos son fulgores vanos!  
 ¡No olvidéis que en la hueca sepultura,  
 con vuestra carne, alabastrina y dura,  
 se revientan de gordos los gusanos!*

*No os enorgullezcáis, niñas hermosas,  
 porque líneas tenéis esculturales:  
 vuestras carnes se pudren, y en las fosas  
 todos los esqueletos son iguales.*

*Resumiendo, pudiera decirse que Flórez recuerda a aquellos obsesos que terminan quitándose la vida por el mismo horror a la muerte.*

\* \* \*

*El pueblo le amó y le ama todavía, porque, como él mismo nos lo dice:*

*Ayer en mi prisión ruidosa y vasta  
 hondamente canté mis propias penas,  
 mis decepciones y mis iras, y hasta  
 mis otras desventuras, ¡las ajenas!*

*Por eso, y si no, ¿por qué había de ser?*

*Su canción es la canción del sendero, la canción del mesón. Eso que los caminantes sienten y no pueden decir, porque no saben ni "redactar su monstruo" ni objetivar su dolor.*

*Sólo que a Flórez le ocurre lo que a la mayoría de los poetas líricos, aunque con caracteres más alarmantes y más frecuentes: que en vez de inclinarse sobre el mundo y percutirlo, auscultarlo, apoya al mundo en su yo, y de ahí el que en ocasiones adopte esa actitud del Hércules de la feria cuando alza los grandes pesos... Tal esa manía de hacerle absolver posiciones a Dios a cada momento, de increparle por que su paraíso está solo, en tanto que su infierno desborda; como de interrogar al mar, a la tierra, y al cielo, ¡sabiendo que mar y tierra y cielo no habrán de respondernos, afortunadamente, jamás!*

*Y ¿por qué ese dialogar de poder a poder con el universo, siéndonos el universo tan inferior? ¿No aprendió acaso con Protágoras que el "hombre es la medida de todas las cosas"? ¿Que por el cerebro más oscuro del más oscuro mortal cruzan pensamientos más sublimes que todo el "espectáculo del cielo estrellado"?*

*Silva pasó por ahí, pero a Silva lo salvó la ciudad. La ciudad burlona y descorazonada que tiene el don de la medida, que no quiere nada en demasía, y como Brummel —el árbitro de toda elegancia— raspa con vidrio en polvo sus trajes para evitar que deslumbren.*

*Flórez nació en una ciudad de provincia. En Chiquinquirá, tierra de poetas y de altísimos poetas, pero provincia al fin y al cabo. Quizá por eso, lo que en Silva llegó a la ironía —flor de cultura— con sus Gotas Amargas, se quedó en Julio Flórez en el sarcasmo con sus Gotas de Ajenjo:*

*Nace el hombre y llora y llora  
y el llanto su faz destie.  
¡Se muere el hombre! , entonces  
la calavera se ríe!*

*Para Flórez sí que la poesía fue en verdad esa "camisa férrea de mil puntas cruentas que llevo sobre el alma", como lloraba Darío. ¡Quizá por eso vivió desgarrándose, arrancándose jirón a jirón, y cubriéndose de ceniza!*

\* \* \*

*Se ha repetido hasta el cansancio, y sólo por pereza mental, como se repiten tantos conceptos entre nosotros, que la poesía de Flórez es inco-*

rrrecta. Nada más falso. Como se desprende del célebre telegrama de Caro, que equivale a un espaldarazo, y del prólogo de Cuervo, dos señores que entendían algo de estos achaques, la forma empleada por Flórez es, como lo ha sido siempre en Colombia, pulcra y correcta.

Otra cosa pudiera decirse de la riqueza de su léxico. Sin embargo, Flórez logró con él, como Fra Angélico con un pincel y un poco de azul, abrirnos los jardines sellados del paraíso y arrobarnos en la marea de la música infinita.

Mientras el pueblo cante sus canciones no habrá nacido en balde un poeta, y vano será cuanto se intente por arrojarlo a las Tinieblas Exteriores y por sustraerlo al acervo de la cultura nacional.

Si los hombres, como las cuentas, se miden por el saldo que arrojan, Colombia, a la que Flórez amó tanto, se gana siempre un poeta, uno de los más altos poetas que hayan nacido en su suelo.

Y hechos los balances que se quiera, Colombia no le olvidará jamás, que de su paso por la tierra le dejó este hijo triste y armonioso su vida pulcra, generosa y gallarda.

*¡Y una canción que le quedó doliendo!*

OCTAVIO AMORTEGUI

## **PRIMERA PARTE**

**Ego sum**



**Julio Flórez**

Es ésta la imagen fría  
de un poeta extravagante,  
que sin fuerzas de gigante  
soñó ser gigante un día;  
pero que tras lucha impía  
mustio y rendido cayó,  
pues apenas consiguió  
avivar más su deseo,  
y ser tan sólo un pigmeo  
que aun sueña en lo que soñó.

RESURRECCIONES

Algo se muere en mí todos los días;  
la hora que se aleja me arrebató  
del tiempo en la insonora catarata,  
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones mías,  
pienso: “¡Yo no soy yo!” ¿Por qué, insensata,  
la misma vida con su soplo mata  
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,  
un nuevo soñador, un peregrino  
que ayer pisaba flores y hoy abrojos.

Y en todo instante es tal mi desconcierto,  
que ante mi muerte próxima imagino  
que muchas veces en la vida he muerto.

JULIO FLOREZ

## ABSTRACCION

A veces melancólico me hundo  
en mi noche de espantos y miserias,  
y caigo en un silencio tan profundo  
que casi oigo el latir de mis arterias.

Más aún: oigo el paso de la vida  
por la sorda caverna de mi cráneo,  
como un eco de lava sin salida,  
como un rumor de río subterráneo.

Entonces, presa de pavor, y yerto  
como un cadáver, mudo y pensativo,  
en mi abstracción, a descifrar no acierto

si es que dormido estoy o estoy despierto,  
si un muerto soy que sueña que está vivo,  
o un vivo soy que sueña que está muerto.

## POESIA

### EL CANTO LIBRE

Soy un pájaro lírico. Yo estuve  
en una jaula, —la ciudad— hoy vuelo  
sin trabas, como el cóndor y la nube,  
por el mar, por la tierra y por el cielo.

Ayer en mi prisión ruidosa y vasta  
hondamente canté mis propias penas,  
mis decepciones y mis iras, y hasta  
mis otras desventuras, las ajenas.

Entonces fue mi canto un gran gemido;  
mas hoy que, libre, el firmamento sondo,  
lejos del fausto y del odioso ruido,

a las miradas del burgués me escondo  
de un monte en lo más alto, y cuelgo el nido  
al aire, ¡porque así canto más hondo!

## LA GRAN TRISTEZA

Una inmensa agua gris, inmóvil, muerta,  
sobre un lúgubre páramo tendida;  
a trechos, de algas lívidas cubierta;  
ni un árbol, ni una flor, todo sin vida,  
¡todo sin alma en la extensión desierta!

Un punto blanco sobre el agua muda,  
sobre aquella agua de esplendor desnuda,  
se ve brillar en el confín lejano:  
es una garza inconsolable, viuda,  
que emerge como un lirio del pantano.

Entre aquella agua, y en lo más distante,  
esa ave taciturna ¿en qué medita?  
¡No ha sacudido el ala un solo instante,  
y allí parece un vivo interrogante  
que interroga la bóveda infinita!

Ave triste, respónde: ¿alguna tarde  
en que rasgabas el azul de enero  
con tu amante feliz, haciendo alarde  
de tu blancura, el cazador cobarde  
hirió de muerte al dulce compañero?

¡O fue que al pie del saucedal frondoso,  
donde con *él* soñabas y dormías,  
al recio empuje de huracán furioso,  
rodó en las sombras el alado esposo  
sobre las secas hojarascas frías?

¿O fue que huyó el ingrato, abandonando  
nido y amor, por otras compañeras,  
o tú, cansada de buscarlo, amando  
como siempre, lo esperas sollozando,  
o perdida la fe, ya no lo esperas?

Díme: ¿bajo la nada de los cielos,  
alguna noche de tormenta impía,  
cayó sobre el juncal, y entre los velos  
de la niebla, sin vida tus polluelos  
flotaron sobre el agua al otro día?

¿Por qué ocultas ahora la cabeza  
en el rincón del ala entumecida?  
¡Oh, cuán solos estamos! Vé, ya empieza  
a anochecer. ¡Qué igual es nuestra vida!...  
¡Nuestra desolación! ¡Nuestra tristeza!

¿Por qué callas? La tarde expira, llueve,  
y la lluvia tenaz deslustra y moja  
tu acolchado plumón de raso y nieve.  
¡Huérfano soy!... ¡La garza no se mueve,  
y el sol ha muerto entre su fragua roja!

## LA BALADA INEDITA

Sentado en una piedra del camino,  
y como presa de pesar tremendo,  
una tarde cantaba un peregrino  
una canción... que me quedó doliendo.

Una canción que el alma me penetra  
como un escalofrío, una balada  
rebotante de hiel: triste es su letra,  
pero es mucho más triste su tonada.

El sol iba a morir. Un rojo lampo  
de su luz, como un luengo hilo de seda,  
se enredaba en los árboles del campo  
y sangraba en la frente del aeda.

Llegueme al trovador desconocido,  
y emocionado preguntéle: ¿En dónde  
aprendiste ese canto tan sentido  
que a mi clamor parece que responde?

Y él contestóme con acento blando,  
con un acento musical: os digo  
que lo aprendí no sé dónde ni cuándo,  
porque, a decir verdad, nació conmigo.

Ese canto en mi ruta es mi alegría:  
refresca mi fatiga y mi quebranto;  
cuando a hablar comencé... ya lo sabía,  
y desde entonces sin cesar lo canto.

De mi orquesta interior él es un eco  
que hago sonar en la tardina calma,  
y que al salir por el oscuro hueco  
de mi boca glacial, me alivia el alma.

Con él recorro el mundo paso a paso,  
y siempre en los parajes campesinos,  
me gusta, cuando el sol baja a su ocaso,  
cantarlo en la quietud de los caminos.

¿Quién eres? pregunté. Y él dijo: el viejo  
camarada mejor del Desengaño;  
nunca a los hombres de acercarme dejo,  
y aunque ellos no me ven... los acompaño.

Yo soy el acicate, soy el grito  
que se escapa del labio moribundo,  
el ¡ay! que repercute en lo infinito,  
el verdadero emperador del mundo.

Yo elevo los espíritus, yo arranco  
del humano fangal los corazones,  
y purifico en el incienso blanco  
que arde en mi pecho, todas las pasiones.

Gloria soy de los mártires; sus nombres  
viven por mí; yo pongo los cilicios,  
yo atormento la carne de los hombres;  
soy el padre de todos los suplicios.

Yo doy alas al genio, fuerza al justo,  
esperanzas a todos los anhelos;  
por mí, sólo por mí, subió el Augusto  
Redentor desde el Gólgota a los cielos.

El rapsoda calló. Yo lo miraba.  
Entre una nube de melancolía  
su corazón como bullente lava  
a través de su pecho se encendía.

Su frente era muy blanca, su mejilla honda, muy honda; sus cabellos canos; de ébano y oro —excelsa maravilla— columpiaba una cítara en sus manos.

Como dos claros pozos de tranquilas aguas en cuencos de marmórea roca, se remansaba el llanto en sus pupilas sobre el rictus amargo de su boca.

Aquel hombre... ¿quién era? ¿Acaso un loco? —¿Te llamas? pregunté, y el peregrino: —Soy el Dolor, me dijo, y poco a poco se alejó en las revueltas del camino.

Marchó de cara al moribundo día, hacia el lejano resplandor postrero, y a manera de sol que se moría, su planta iba sangrando en el sendero.

Abrió la noche su portal; los astros comenzaron a hervir, y un gran lucero lloró su luz sobre los tibios rastros del muerto sol y del senil viajero.

Pronto la luna apareció serena sobre un picacho de la curva andina, y una lechuza desgranó su pena desde el roto esqueleto de una encina.

Allí quedéme estático y suspenso, sin saber de mí nada; al otro día pensé en el peregrino... ¡y en él pienso a través de los años todavía!

## LA ARAÑA

Entre las hojas de laurel marchitas  
de la corona vieja  
que en lo alto de mi lecho suspendida  
un triunfo no alcanzado me recuerda,  
una araña ha formado  
su lóbrega vivienda  
con hilos tembladores  
más blandos que la seda,  
donde aguarda las moscas  
haciendo centinela,  
a las moscas incautas  
que allí prisión encuentran  
y que la araña chupa  
con ansiedad suprema.  
He querido matarla:  
mas... ¡imposible! Al verla  
con sus patas peludas  
y su cabeza negra,  
la compasión invade  
mi corazón, y aquella  
criatura vil, entonces  
como si comprendiera  
mi pensamiento, avanza  
sin temor, se me acerca  
como queriendo darme  
las gracias, y se aleja  
después a su escondite,  
desde el cual me contempla.  
Bien sabe que la odio  
por lo horrible y perversa,  
y que me alegraría  
si la encontrase muerta;

mas ya de mí no huye,  
ni ante mis ojos tiembla ;  
un leal enemigo  
quizás me juzga, y piensa,  
al ver que la ventaja  
es mía, por la fuerza,  
¡que no extinguiré nunca  
su mísera existencia!

En los días amargos  
en que gimo y las quejas  
de mis labios se escapan  
en forma de blasfemias,  
alzo los tristes ojos  
a mi corona vieja  
y encuentro allí la araña,  
la misma araña fea  
con sus patas peludas  
y su cabeza negra,  
¡como oyendo las frases  
que en mi boca aletean!  
En las noches sombrías,  
cuando todas mis penas  
como negros vampiros  
sobre mi lecho vuelan ;  
cuando el insomnio pinta  
las moradas ojeras  
y las rojizas manchas  
en mi faz macilenta,  
me parece que baja  
la araña de su celda  
y camina, y camina . . .  
y camina sin tregua  
por mi semblante mustio  
hasta que el alba llega.

¿Es compasiva? ¿Es mala?  
 ¿Indiferente? Vela  
 mi sueño, y cuando escribo  
 silenciosa me observa.  
 ¿Me compadece acaso?  
 ¿De mi dolor se alegra?  
 Dime quién eres, ¡monstruo!  
 ¿En tu cuerpo se alberga  
 un espíritu? Dime:  
 ¿es el alma de aquella  
 mujer que me persigue  
 todavía, aunque muerta?  
 ¿La que mató mi dicha  
 y me inundó en tristezas?  
 Dime: ¿acaso dejaste  
 la vibradora selva,  
 donde enredar solías  
 tus plateadas hebras  
 en las oscuras ramas  
 de las frondosas ceibas,  
 por venir a mi alcoba,  
 en el misterio envuelta,  
 como una envidia muda,  
 como una viva mueca?  
 Te hablo y tú nada dices;  
 te hablo y no me contestas.  
 ¡Apárta, monstruo, húye  
 otra vez a tu celda!  
 Quizá mañana mismo,  
 cuando en mi lecho muera,  
 cuando la ardiente sangre  
 se cuaje entre mis venas  
 y mis ojos se enturbien,  
 tú, alimaña siniestra,

bajarás silenciosa  
y en mi obscura melena  
formarás otro asilo,  
formarás otra tela  
sólo por perseguirme  
¡hasta en la misma huesa!  
¡Qué importa!... Nos odiamos;  
pero, escúcha: no temas,  
no temas por tu vida;  
¡es tuya toda entera!  
¡Jamás romperé el hilo  
de tu muda existencia!  
Sigue viviendo, sígue,  
pero... ¡oculta en tu cueva!  
¡No salgas! ¡No me mires!  
No escuches más mis quejas,  
ni me muestres tus patas,  
ni tu cabeza negra...  
Sigue viviendo, sígue,  
inmunda compañera,  
entre las hojas de laurel marchitas  
de la corona vieja  
que en lo alto de mi lecho suspendida  
¡un triunfo no alcanzado me recuerda!

## TODO NOS LLEGA TARDE

¡Todo nos llega tarde, hasta la muerte!  
Nunca se satisface ni se alcanza  
la dulce posesión de una esperanza  
cuando el deseo acósanos más fuerte.

Todo puede llegar, pero se advierte  
que todo llega tarde: la bonanza,  
después de la tragedia; la alabanza,  
cuando está ya la aspiración inerte.

La justicia nos muestra su balanza  
cuando los siglos en la historia vierte  
el tiempo mudo que en el orbe avanza.

Y la gloria, esa ninfa de la suerte,  
sólo en las viejas sepulturas danza.  
¡Todo nos llega tarde, hasta la muerte!

## DE VIAJE

Siempre aturdido entre el tumulto ignaro  
voy con mi carga de dolor a cuestras,  
olas salvando y empinadas crestas  
en tierra, sin bordón, y en mar sin faro.

Aquí y en todas partes sin amparo,  
con los labios repletos de protestas,  
tras horas desoladas y funestas,  
a bajar la pendiente me preparo.

Ruinas no más, desolación y luto  
dejo en mi senda lúgubre; a mi vista  
se abre la eternidad y no me inmuto.

¡Sólo seguir viviendo me contrista,  
pues tengo para el último minuto  
el alma pronta y la materia lista!

MI TUMBA

Cuando yo expire, a la empinada sierra  
transportad mi cadáver, y en la cumbre,  
no lo arrojéis debajo de la tierra,  
sino encima del sol bajo la lumbre;

donde me cante el impetuoso viento  
sus largos *de profundis*, y mi caja  
mortuoria sea un risco, el firmamento  
mi capilla y la nieve mi mortaja;

en donde para honrar el mustio rastro  
de lo que fui, cuando en la vida estuve,  
tenga por cirio funeral un astro  
y por incienso místico una nube;

donde para que rabien los humanos,  
que arrastran sus envidias por el suelo,  
me devoren, en vez de los gusanos,  
los buitres y las águilas del cielo.

## **SEGUNDA PARTE**

### **Mujer**

## FLORES NEGRAS

Oye: bajo las ruinas de mis pasiones,  
y en el fondo de esta alma que ya no alegras,  
entré polvo de ensueños y de ilusiones  
yacen entumecidas mis flores negras.

Ellas son el recuerdo de aquellas horas  
en que presa en mis brazos te adormecías,  
mientras yo suspiraba por las auroras  
de tus ojos, auroras que no eran mías.

Ellas son mis dolores, capullos hechos;  
los intensos dolores que en mis entrañas  
sepultan sus raíces, cual los helechos  
en las húmedas grietas de las montañas.

Ellas son tus desdenes y tus reproches  
ocultos en esta alma que ya no alegras;  
son, por eso, tan negras como las noches  
de los gélidos polos, mis flores negras.

Guárda, pues, este triste, débil manojó  
que te ofrezco de aquellas flores sombrías;  
guárdalo; nada temas; és un despojo  
del jardín de mis hondas melancolías.

## TUS OJOS

Ojos indefinibles, ojos grandes,  
como el cielo y el mar hondos y puros;  
ojos como las selvas de los Andes:  
misteriosos, fantásticos y oscuros.

Ojos en cuyas místicas ojeras  
se ve el rastro de incógnitos pesares,  
cual se ve en la aridez de las riberas  
la huella de las ondas de los mares.

Miradme con amor, eternamente,  
ojos de melancólicas pupilas,  
ojos que semejáis bajo su frente  
pozos de aguas profundas y tranquilas.

Miradme con amor, ojos divinos,  
que adornáis como soles su cabeza,  
y encima de sus labios purpurinos  
parecéis dos abismos de tristeza.

Miradme con amor, fúlgidos ojos,  
y cuando muera yo, que os amo tanto,  
verted sobre mis lívidos despojos  
¡el dulce manantial de vuestro llanto!

## ARRULLO

Tornaste más bella que un sol de verano,  
más fresca que un cáliz de rosa en botón,  
más pura que el éter del cielo italiano...  
¡pero sin sonrisas... y sin corazón!

¿Qué pena te agobia? ¿Qué mal te consume?  
¿Quién es el ingrato que te hace sufrir?  
Tus manos exangües que exhalan perfume,  
parecen dos lirios que van a morir...

¡Para castigarlo, con ansia quisiera  
saber al instante quién es el ladrón  
que pudo robarte, sin que yo supiera,  
tus dulces sonrisas, tu infiel corazón!

¿Por qué tus pupilas en mar de tristeza  
naufragan cual barcos pequeños de luz,  
y doblas doliente la rubia cabeza  
como el Nazareno clavado en la cruz?

¿Por qué no me cuentas tus mudos dolores?  
¿Por qué no me miras lo mismo que ayer,  
si siempre son tuyos los versos mejores  
y toda la sangre que corre en mi ser?

No sé, pero toda la blanca hermosura  
refleja la nota de un hondo pesar...  
¡Tus labios rebosan intensa amargura,  
tus ojos divinos parecen llorar!

Si son tus mejillas hoy más hechiceras,  
tus labios escancian angustia precoz;  
¡más grandes, más hondas están tus ojeras,  
más tristes tus ojos, más grave tu voz!

Tornaste más bella que un sol de verano,  
más fresca que un cáliz de rosa en botón,  
más pura que el éter del cielo italiano...  
¡pero sin sonrisas, y sin corazón!

### ¿EN QUE PIENSAS?

Díme: cuando en la noche taciturna,  
la frente escondes en tu mano blanca,  
y oyes la triste voz de la nocturna  
brisa que el polen de la flor arranca;

cuando se fijan tus brillantes ojos  
en la plomiza clámide del cielo...  
y mustia asoma entre tus labios rojos  
una sonrisa fría como el hielo;

cuando en el marco gris de tu ventana  
lánguida apoyas tu cabeza rubia...  
y miras con tristeza en la cercana  
calle rodar las gotas de la lluvia;

díme: cuando en la noche te despiertas  
y hundes el codo en la almohada y lloras...  
y abres entre las sombras las inciertas  
pupilas como el sol abrasadoras,

¿en qué piensas? ¿en qué? ¡Pobre ángel mío!  
¿Piensas en nuestro amor despedazado  
ya como el junco al ímpetu bravío  
del torrente que salta desbordado?

¿Piensas tal vez en las azules tardes  
en que a la luz de tu mirada ardiente,  
mis ojos indecisos y cobardes  
posáronse en el mármol de tu frente?

¿O piensas en la hojosa enredadera  
bajo la cual un tiempo te veía  
peinar tu ensortijada cabellera,  
al abrirse los párpados del día?

¡Quién sabe!... No lo sé, pero imagino  
que en esas horas de aparente calma  
percibes mucha sombra en tu camino,  
¡sientes muchas tristezas en el alma!

Mas... otro amante extinguirá tu frío;  
yo sé que tu pesar no será eterno:  
mañana vivirás en pleno estío...  
¡y yo, con mi dolor, en pleno invierno!

---

## ¿QUIEN OYE?

De noche, bajo el cielo desolado,  
pienso en tu amor y pienso en tu abandono,  
¡y miro en mi interior deshecho el trono  
que te alcé como a un ídolo sagrado!

¡Al ver mi porvenir despedazado  
por tu infidelidad, crece mi encono!  
Mas, como sé que sufres, te perdono...  
¡Oh, tú jamás me hubieras perdonado!

Mis lágrimas, en trémulo derroche,  
ruedan al fin, y luego, en inaudito  
arranque, a Dios elevo mi reproche...

¡Pero se pierde entre el negror mi grito  
y sólo escucho, en medio de la noche,  
del silencio, el monólogo infinito!

## A UNA GITANA

¿Adónde vas en tu camino incierto?  
¿Qué buscas, qué persigues, qué ambicionas?  
De la ancha tierra en las distintas zonas  
no hallaste nunca ni hallarás un puerto.

Díme: ¿en tu corazón el goce ha muerto?  
¿Por qué es tan triste la canción que entonas?  
¿De tus padres barrió las blancas lonas  
el ignívomo soplo del desierto?

A ti, gitana misteriosa, acudo;  
hábla, tu predicción no me intimida  
tras este batallar constante y rudo.

Hallaremos la tierra prometida:  
tú la bohemia del desierto mudo,  
y yo el triste bohemio de la vida.

## VISION

¿Eres un imposible? ¿Una quimera?  
¿Un ensueño hecho carne hermosa y viva?  
¿Una explosión de luz? ¡Respónde, esquiva  
maga en quien se encarnó la primavera!

Tu frente es lirio; tu pupila, hoguera;  
tu boca, flor en donde nadie liba  
la miel que entre sus pétalos cautiva  
al colibrí que la pasión espera.

¿Por qué, sin tregua, por tu amor suspiro  
si no habré de alcanzar ese trofeo?  
¿Por qué llenas el aire que respiro?

En todas partes te habla mi deseo:  
los ojos abro... y por doquier te miro;  
cierro los ojos... y entre mí te veo.

## AUN

Mil veces me engañó; más de mil veces  
abrió en mi corazón sangrienta herida;  
de los celos la copa desabrida  
me hizo beber hasta agotar las heces.

Fue en mi vida, con todos sus dobleces,  
la causa de mi angustia —no extinguida—  
aunque ¡pobre de mí! toda la vida  
su mentiroso amor pagué con creces.

Los tiempos han pasado; ya su boca  
no me da sus caricias, ni me abrasa  
el fuego de sus ósculos de loca.

¡Y sin embargo mi pasión persiste,  
pues, cuando a veces por mi senda pasa,  
me alejo mudo, y cabizbajo, y triste!

## SOL BLANCO

Ayer cuando en el templo  
el venerable párroco  
te dio la comunión, yo te veía  
desde un rincón sagrado  
y... nunca un sol más níveo  
tuvo más rojo ocaso  
que aquel sol del espíritu: la Hostia  
al desaparecer tras de tus labios.

## TUS OJOS

Nuestro barco se perdía...  
Atizaba el sol su fragua...  
en alta mar sólo había  
¡cielo y agua!

Tú llorabas aquel día  
de amor... temblando de anhelo...  
En tus ojos sólo había  
¡agua y cielo!

## RETO

Si porque a tus plantas ruedo  
como un ilota rendido  
y una mirada te pido  
con temor... casi con miedo;  
si porque ante ti me quedo  
estático de emoción,  
sintiendo que el corazón  
se va en mi pecho a romper,  
piensas que siempre he de ser  
esclavo de mi pasión.

¡Te equivocas, te equivocas,  
fresco y fragante capullo!  
¡Yo quebrantaré tu orgullo  
como el minero las rocas!  
Si a la lucha me provocas,  
dispuesto estoy a luchar;  
tú eres espuma; yo, mar  
que en sus cóleras confía.  
¿Me haces llorar? Algún día  
yo también te haré llorar...

Te haré llorar y... después  
de que tú, también rendida,  
me ofrezcas toda la vida  
perdón pidiendo, a mis pies,  
como mi cólera es  
formidable en sus excesos,  
¿sabes tú lo que haré en esos  
instantes de indignación?  
¡Arrancarte el corazón  
para... devorarlo a besos!

## LA DESAHUCIADA

—“Tus manos son dos lirios” —la decía  
cuando endulzar queriendo su amargura  
de víctima incurable, le oprimía  
sus luengas manos de marmórea albura.

—“Tus ojos son violetas” —la decía  
cuando extinguir queriendo sus enojos  
de niña enferma, en el azul del día  
de sus ojos bañábanse mis ojos.

—“Es un clavel tu boca” —la decía  
cuando al verla tan triste, me bebía  
de sus labios de púrpura la miel.

Una mañana la llevé a la fosa...  
Y han nacido en la tierra en que reposa  
dos lirios, dos violetas y un clavel.

## NOCHE DE NOVIEMBRE

Ya llega el crudo invierno  
con sus mordientes ráfagas,  
con sus tupidas nieblas  
como flotantes sábanas;  
ya ruedan de los troncos  
enfermas las parásitas  
y están las flores mustias  
y las mujeres pálidas.

La densa lluvia cae  
con espantoso estrépito;  
sus membranosas alas  
agitan los murciélagos,  
y en las inmensas playas  
el mar, undoso y pérfido,  
quebrántase en las rocas  
con ímpetu colérico.

En las pajizas chozas,  
raqúiticos y escuálidos,  
los niños se acurrucan  
ante el rescoldo cárdeno  
y allí tiritan... lloran  
al escuchar los ásperos  
y lúgubres chillidos  
de los siniestros cárabos.

Por las oscuras grietas  
de las mortuorias lápidas  
las gotas de la lluvia  
descienden, frías, lánguidas.  
¡Oh trágico destino!...

¡Tal vez únicas lágrimas  
que en su mansión de sombras  
reciben los cadáveres!

Doliente y ojerosa  
la luna avanza tímida,  
y escóndese en las nubes  
ya inmóviles, ya undívagas;  
en las desiertas calles,  
sobre las losas frías,  
medio desnudas tosen  
las pordioseras tísicas.

Allá lejos sacude  
sus alas el relámpago;  
despréndense las hojas,  
despiértanse los pájaros;  
azota las vidrieras  
con recio impulso el ábrego,  
y el rayo cruza y hiere  
como celeste látigo...

¡Refúgiate en mis brazos  
en esta noche tétrica,  
y escónde entre mis manos  
tus manecitas trémulas!  
Calor y luz ansío  
de tu mirada angélica,  
mientras la brisa charla  
con la llovizna gélida.

Resuene en nuestras bocas  
el beso como un cántico,  
y en tanto que apuremos  
nuestra ventura estáticos,

que azote las vidrieras  
con recio impulso el ábrego  
y el rayo cruce y hiera  
como celeste látigo.

Mas ¡ah! bien sé que no oyes  
mis delirantes súplicas;  
bien sé que estás muy lejos  
¡oh blanca estrella fúlgida!  
¡Por eso de mis labios  
se disipó la púrpura  
y están mis ojos tristes  
y mis pestañas húmedas!

Tal vez mañana mismo  
cuando estos melancólicos  
cantares a ti vuelen  
con su vibrar monótono,  
yo duerma solitario  
bajo el sepulcro lóbrego  
soñando que me estrechas  
contra tu seno mórbido.

Pues yo sé que el invierno  
con lento paso rítmico  
se irá con sus tristezas  
y su ropaje lívido...  
Pero éste que yo guardo,  
tal vez el más fatídico  
de todos los inviernos,  
será eterno en mi espíritu.

## GOTAS DE AJENJO

## I

Huyeron las golondrinas  
de tus alegres balcones;  
ya en la selva no hay canciones  
sino lluvias y neblinas.

Me da el pesar sus espinas  
sólo porque a otras regiones  
huyeron las golondrinas  
de tus alegres balcones.

Insondables aflicciones  
se posan entre las ruinas  
de mis ya muertas pasiones:  
¡ay, que con las golondrinas  
huyeron mis ilusiones!

## II

Hermosa y sana, en el pasado estío  
murmuraba en mi oído sin espanto:  
—Yo quisiera morirme, amado mío;  
más que el mundo, me gusta el camposanto.

Y de fiebre voraz bajo el imperio,  
moribunda, ayer tarde me decía:  
—No me dejes llevar al cementerio;  
yo no quiero morirme todavía.

¡Oh, Señor! ¡Y qué frágiles nacimos!...  
¡Y qué variables somos y seremos!...  
Si la muerte está lejos, la pedimos;  
pero si cerca está, no la queremos.

## III

Le aserraron el cráneo,  
 le estrujaron los sesos,  
 y el corazón ya frío  
 le arrancaron del pecho.

Todo lo examinaron  
 los oficiales médicos;  
 mas la causa no hallaron  
 de la muerte de Pedro;

de aquel soñador pálido  
 que escribió tantos versos  
 como el espacio, azules...  
 y como el mar, acerbos...

.....

¡Oíd! cuando yo muera,  
 cuando sucumba ¡oh médicos!  
 no me aserréis el cráneo,  
 ni me estrujéis los sesos,  
 ni el corazón ya frío  
 me arrebateís del pecho.

Hasta el alma no llega  
 jamás el escalpelo...  
 Y mi mal es el mismo,  
 es el mismo de Pedro...  
 De aquel soñador pálido  
 que escribió tantos versos  
 como el espacio, azules...  
 y como el mar, acerbos...

## IV

Una cuna rosada que la luna  
tras de un cristal con níveo rayo armiña;  
y en el mullido fondo de la cuna  
un ángel, ¡una niña!

Unos ojos ardientes, unos ojos  
en que el azul del cielo es más sereno,  
tersa piel, blancos dientes, labios rojos,  
y un volcán de purísimos antojos  
bajo la curva trémula de un seno.

Una noche muy fría. Llueve... llueve.  
¡El trágico fantasma de la tisis  
pasa sobre la nieve!  
Es la salida del teatro. ¡Hueca  
resuena entre el tumulto  
ruidoso una tos seca!

¡Unos ojos abiertos, exaltados  
como los de una liebre,  
algunos rizos luengos y dorados  
por el sudor pegados  
a una sien escavada por la fiebre!

Pisadas silenciosas...  
Relampaguear de cirios...  
¡Olor de blancas rosas,  
de azucenas y lirios!

## V

En las tardes brumosas del invierno,  
cuando el sol taciturno, paso a paso  
va cayendo en las sombras del ocaso  
como envuelto en las llamas de un infierno,

abro las mustias alas y me cierno  
por la infinita bóveda al acaso,  
falto de luz y de vigor escaso,  
presa de las nostalgias de lo eterno.

Y subo, subo, y cuando el ojo mío  
descubre entre los velos de la noche  
mi supremo ideal, en el vacío

una mano brutal mis alas cierra  
y caigo... sin un ¡ay! sin un reproche  
sobre el fangal inmundo de la tierra.

## VI

Oyendo está tus rumores  
allá abajo el ángel mío;  
córre y llévale estas flores  
que deshojo en tus hervores...  
Córre, córre, manso río.

Córre y díle que la adoro,  
que estoy pálido y sombrío,  
que por sus desdenes lloro,  
y díle que es mi tesoro;  
pero, córre, manso río.

Mas si no oye mi quebranto,  
si desdeña el amor mío,  
entonces llévale el llanto  
que estoy vertiendo hace tanto  
sobre tus ondas, ¡oh río!

## VII

Todas las embriagueces de la vida  
llenan mi corazón en este instante.  
¡Qué hermosa estás así, desfallecida  
sobre este corazón agonizante!

La palidez inunda tu semblante,  
mientras tu boca, que a libar convida,  
se abre a mi beso cínico y quemante,  
como ante el golpe del puñal la herida.

Cierras los ojos, tiembles, balbuceas  
frases incoherentes que no acierto  
a descifrar. ¡Se ofuscan mis ideas!

¡Huye el mundo!... ¡La luz, todo! Despierto,  
y tú, Amor, ave mística, aleteas  
y huyes dejando el corazón desierto.

## VIII

¡Triste fatalidad! Se pierde un hombre,  
y ninguno a buscarlo se apresura;  
se pierde una mujer, y en el instante  
todos van en su busca.

## IX

Lloró cuando la dije: “Adiós, mi vida”;  
y a través de las gotas de su llanto,  
sus inquietas pupilas parecían  
dos góndolas azules naufragando.

## X

Si mi boca fuera abeja  
y tu boca fuera flor,  
¡qué borrachera de néctar!  
¡qué borrachera de amor!

Si tu boca fuera abeja  
y mi boca fuera flor,  
esa abeja no vendría  
a saborear mi dolor.

## XI

Sus ojos se entornaron; sobre los blancos hielos  
de las altivas cumbres agonizaba el sol,  
y de las densas brumas tras de los amplios velos  
quedó flotando a solas, inmóvil en los cielos  
el lívido cadáver del último arrebol.

La luna, como un arco de nívea luz cuajada,  
subió con lento paso de lo infinito en pos,  
y entonces, reclinando la frente inmaculada  
sobre mi pecho, míra, me dijo mi adorada:  
¡Qué barca tan hermosa para bogar los dos!

Hoy ella ya no existe; bajo un rosal florido  
descansa la que un tiempo me dio luz y calor;  
mas desde aquella tarde contemplo entristecido  
la luna cuando sola, como un bajel perdido,  
por el azul derrama su gélido fulgor.

## XII

Bajo los altos cipreses  
el sepulturero un día  
cantaba de esta manera  
con honda melancolía:  
“Entierro un grano de trigo  
y el grano produce granos;  
entierro un hombre, y el hombre  
¡sólo produce gusanos!”

## XIII

Siempre miraba, soñolienta y fría,  
con la cabeza hundida entre las manos,  
las estrofas de amor que la escribía:  
mas ya se la comieron los gusanos...  
Y aunque fue siempre bella,  
hoy que nadie tal vez se acuerda de ella  
¡se acuerdan de mis versos todavía!

## XIV

En la sala anatómica  
y en las horas de clase,  
sobre las planchas frías  
rompía los cadáveres.

Fue siempre en medicina  
el peor estudiante.  
dejaba en las orgías  
su dinero y su sangre.

Mientras en una choza  
su pobre y vieja madre  
tiritaba de frío,  
se moría de hambre.

## XV

A la media noche  
cuando me despierto  
y oigo los latidos  
de mi corazón,  
me parece, niña,  
que el tuyo está yerto,  
que ya no me amas,  
que tocan a muerto,  
que están enterrando  
tu loca pasión.

Y hundo en la almohada  
mi ardorosa frente,  
y mi llanto entonces  
en tibio raudal  
resbala, y al cabo  
se torna en torrente,  
y exclamo: “¡Dios mío,  
bendita esa fuente,  
bendito este llanto  
que alivia mi mal!”

## POESIA

Pero al otro día,  
cuando ante mis ojos  
pasas, y los tuyos  
me dan su calor,  
al ver las sonrisas  
de tus labios rojos,  
olvido al instante  
mis vanos enojos  
y exclamo: "No es cierto,  
no ha muerto su amor".

## XVI

¡Tú no sabes amar! ¿Acaso intentas  
darme calor con tu mirada triste?  
El amor nada vale sin tormentas;  
sin tempestades el amor no existe.

Y, sin embargo, ¿dices que me amas?  
No, no es amor lo que hacia mí te mueve;  
el amor es un sol hecho de llamas  
y en los soles jamás cuaja la nieve.

¡El amor es volcán, es rayo, es lumbre,  
y debe ser devorador, intenso;  
debe ser huracán, debe ser lumbre...  
debe alzarse hasta Dios como el incienso!

¿Pero tú piensas que el amor es frío?  
¿Que ha de asomar en ojos siempre yertos?  
¡Con tu anémico amor, ánda, bien mío,  
ánda al osario a enamorar los muertos!

## XVII

Cuando lejos, muy lejos, en hondos mares  
en lo mucho que sufro pienses a solas,  
si exhalas un suspiro por mis pesares,  
mándame ese suspiro sobre las olas.

Cuando el sol, con sus rayos desde el oriente,  
rasgue las blondas gasas de las neblinas,  
si una oración murmuras por el ausente,  
déja que me la traigan las golondrinas.

Cuando pierda la tarde sus tristes galas,  
y en ceniza se tornen las nubes rojas,  
mándame un beso ardiente sobre las alas  
de las brisas que juegan entre las hojas.

Que yo, cuando la noche tienda su manto,  
yo, que llevo en el alma sus mudas huellas,  
¡te enviaré con mis quejas un dulce canto  
en la luz temblorosa de las estrellas!

## XVIII

Nace el hombre y llora y llora,  
y el llanto su faz deslíe;  
el hombre muere, y entonces  
la calavera se ríe.

## XIX

Naciste en fresco bosque y yo en playas desiertas;  
por eso tan distintos son nuestros ideales;  
te place el agua viva y a mí las aguas muertas;  
te gustan los vergeles y a mí los arenales.

Para los dos el mundo tiene extraños matices;  
te placen los palacios y a mí los monasterios;  
a ti los cielos puros y a mí los cielos grises;  
te gustan las ciudades y a mí los cementerios.

Algo distinto siempre nuestras almas alegra:  
a ti la flor luciente y a mí la seca zarza;  
a ti el día que alumbra y a mí la noche negra;  
a ti el ave que trina y a mí la muda garza.

Mas de mi senda tus lindos pies desvíes,  
aunque no son los mismos, por hoy, nuestros afanes;  
hoy cantas y yo grito; yo lloro y tú sonríes;  
envuelta vas en brisas; yo envuelto en tempestades.

## XX

Veo, como a través de una esmeralda  
gigantesca, el confín del horizonte:  
allá un risco, y después de un alto monte  
una casita entre la verde falda.

Y pienso con el alma estremecida:  
¡cuán feliz fuera yo; tú, cuán dichosa,  
si en aquella casita silenciosa  
pudiéramos vivir... toda la vida!

## XXI

Vestida de blanco la vi una mañana;  
la vi comulgando al pie de una cruz;  
mostraba en su tersa mejilla lozana  
la huella del último beso de luz...

Vestida de rojo, después a mi lado  
la vi por la tarde, como un resplandor;  
mostraba en su boca de flor de granado  
¡la huella del último beso de amor!

Y luégo, en la noche, de negro vestía  
su lindo cadáver... ¡Oh, muerte cruel!  
¡Mostraba en su frente ya pálida y fría  
la huella del último beso de hiel.

## XXII

No os enorgullezcáis niñas hermosas,  
porque líneas tenéis esculturales;  
vuestras carnes se pudren... y en las fosas  
todos los esqueletos son iguales.

## XXIII

Cuando se destrenzó tu cabellera  
como un manojo de áspides sombríos,  
y entre tus labios húmedos y fríos  
hundí la boca por la vez primera,  
sentí, de pronto, renacer la hoguera  
de mis viejos, ardientes desvaríos,  
y al recordar tus mórbidos desvíos  
olvidé tus infamias de ramera.

Al roce de tu carne sonrosada,  
crespa saltó la sangre entre mis venas  
con el cálido hervor de una cascada.

Y en horas de dolor y éxtasis llenas,  
al fulgor de tu límpida mirada  
vi deshojarse el árbol de mis penas.

POESIA

XXIV

¿Que robé un beso a su faz?  
(de ese pecado me absuelvo).  
Si quieres, te lo devuelvo...  
¡y así quedamos en paz!

## **TERCERA PARTE**

**Madre**

## A MI MADRE

Todavía el dolor ara en su frente;  
se humedecen sus ojos todavía;  
sus ojos ¡ay! donde también el día  
radió como en las cumbres del oriente.

Huyen las tempestades de mi mente  
cuando los dedos de su mano fría  
se hunden, temblando, en la melena mía  
y amorosos la erizan blandamente.

Ella es el astro de mi noche eterna:  
su limpia luz en mi interior se expande  
como el lampo de sol en la caverna.

¡Yo la adoro! La adoro sin medida,  
con un amor como ninguno, grande;  
¡grande a pesar de que me dio la vida!

## LA PEDRADA

Era una tarde. Sobre el verde prado  
corría entusiasmado,  
cerca del bosque, candoroso niño,  
contemplando los valles y las lomas,  
y las lindas palomas  
de gris plumón e inmaculado armiño.

Poco a poco las nubes nacaradas,  
de reflejos bañadas,  
se tornaron en genios iracundos:  
no eran ya nubes: eran nubarrones  
que huían cual legiones  
de fantasmas terribles de otros mundos.

La luz se amortiguaba en el vacío.  
Acrecentado, el río  
resonaba a lo lejos con violencia;  
el niño lo escuchó quedo, muy quedo;  
sintió profundo miedo...  
un miedo que alarmaba su inocencia.

Sonora tempestad se preparaba,  
y el niño que miraba  
cerca el espacio, por las nubes lleno,  
lanzó arriba una piedra, y al instante  
una chispa brillante  
surgió de allí con formidable trueno.

El niño huyó. Bien pronto en el regazo,  
con frenético abrazo  
estrechaba a su madre con anhelo;  
ésta afanada preguntóle: —¡Hijo,  
qué tienes? Y él la dijo:  
—¡Escóndeme, por Dios, que he roto el cielo!

## ¿VES ESA VIEJA...

¿Ves esa vieja escuálida y horrible?  
Pues óye: aunque parécate imposible,  
fue la mujer más bella entre las bellas;  
el clavel envidió sus labios rojos,  
y ante la luz de sus divinos ojos  
vacilaron el sol y las estrellas.

Y hoy... ¿quién puede quererla? ¿Quién un be  
podrá dejar en su semblante impreso?  
—¡Yo! me dijo un extraño que me oía;  
¡yo! que por ella en la existencia lucho,  
que soy feliz cuando su voz escucho...  
Esa vieja... ¡es la hermosa madre mía!

## ASTRO DEL ALMA

En la ojera profunda,  
fría y amaratada,  
que de mi muerta madre idolatrada  
el ya rígido párpado circunda,  
la postrimera lágrima estancada  
vive y la yerta cavidad inunda.

Y esa lágrima quieta  
allí, sola y brillante,  
como un vivo diamante  
entre un cáliz marchito de violeta,  
copia, como un espejo,  
los confusos contornos de la alcoba  
de la muerta, que duerme ante el reflejo  
de un cirio, sobre un lecho de caoba.

Estoy solo con *ella*;  
un deseo tenaz mi mente azota:  
pongo mis labios en la gota aquella  
y me bebo la gota.  
¡Hoy... esa gota en mi alma es una estrella!

## ALTAS TERNURAS

## I

Una vez acerquéme, compungido,  
a mi madre; mi madre fue una santa  
que pasó por el mundo; bondad tanta  
en otro corazón no he conocido.

Valor la iba a pedir, consuelo, olvido,  
para seguir viviendo. En mi garganta  
se anudaba la voz. *Ella* con cuánta  
piedad oyó mi acento dolorido.

La iba a mostrar el mar de mi tristeza;  
la roca de mi duda; la maleza  
agresiva y hostil de mi fastidio;

a pedirla de amor una mirada  
que, al radiar en mi senda desolada,  
¡me apartase del antro del suicidio!

## II

Madre —la dije,— el fardo de la vida  
me agobia de tal modo, que no puedo  
resignarme a vivir: y voy sin miedo,  
a entrar en la región desconocida...

¡Sálvame! —Su mirada condolida  
se alzó a compás de su tembloroso dedo,  
y —espérea—dijo con susurro quedo,—  
¡Dios besaré los labios de tu herida!

Después, cogió en sus manos mi cabeza  
y la apoyó en su seno, q'el quebranto  
enjutó en una vida de tristeza.

¡Y humedeció mi frente mientras tanto,  
como con un bautismo de pureza,  
con el agua bendita de su llanto!

### III

Sus lágrimas de amor —esencia pura  
de su inmenso pesar— en lluvia clara  
cayeron, y en los surcos de mi cara  
formaron un arroyo de ternura.

Arroyo que al mojar la comisura  
de mis labios dejó una huella rara:  
dejó miel en mi boca, ¡como para  
endulzar todo el mar de mi amargura!

¡Era que el llanto del amor materno,  
que, hasta entonces pensé fuera de acíbar  
como los otros llantos, aunque tierno,

dejando, al estallar, las celdas rotas  
del panal de aquella alma, como almíbar  
se desgranaba en transparentes gotas!

### IV

—¡Júrame por tu Dios que, mientras viva  
yo, no te matarás! ¡Júralo, hijo!—  
mi madre, estremeciéndose, me dijo;  
y se quedó un instante pensativa.

Después, con una voz más compasiva,  
continuó: —Solamente eso te exijo;  
luego... puedes matarte, que, de hijo,  
¡no será tu alma de Satán cautiva!

Porque habré de pedir, con tanto celo,  
al Supremo Hacedor, después de muerta,  
que te perdone, que obtendré mi anhelo.

Y, cuando expires, estaré yo alerta  
para adornar, a tu llegada, el cielo,  
¡porque Dios mismo te abrirá la puerta!—

## V

Rodé a sus plantas y exclamé: —¡Lo juro!—  
Y añadí: —Cómo imaginar pudiste  
que este ser que por ti tan sólo existe,  
pudiera abandonarte en lo futuro!—

Entonces ella me besó, y su puro  
beso de luz, cuyo calor persiste  
en mi frente, cruzó por mi alma triste,  
como una estrella por el cielo oscuro.

—Es verdad, —murmuró— no desconfío;  
mas, para disipar todos mis miedos,  
júra también, desventurado mío,

que, aunque el dolor tu espíritu taladre,  
¡cerrarás con la punta de tus dedos  
los pobrecitos ojos de tu madre!—

## VI

Me parece que aún su voz resuena,  
como murmurio de agua cristalina;  
como el blando rumor de la marina  
onda que va a morir sobre la arena.

Fugaz la vibración de tanta pena  
cruzaba entonces por su faz divina,  
como suele cruzar la golondrina  
el azul de una atmósfera serena.

piélagos de miríficas ternuras—  
y sus marchitos labios adorables,

que sólo saborearon amarguras,  
bulleron en sonrisas inefables,  
en sonrisas de santa: ¡eran tan puras!

## VII

Desde aquel día refrené la amarga  
obsesión de morir; y con paciencia,  
madre, por ti llevé de la existencia,  
calladamente, la penosa carga.  
Porque, al punto, sus ojos —insondables

¡Hoy que el recuerdo de tu amor embarga  
mi corazón, resurge tu presencia  
de mártir, en la sombra y la inclemencia  
de esta noche tan lúgubre y tan larga!

Oigote alzar tus fervorosas preces,  
y, por poner a mis temores traba,  
ocultarme tu angustia: ¡cuántas veces,

por no hacerme sufrir, —¡tarde lo entiendo!—  
contuviste la tos que te mataba...  
y sin saberlo yo... te ibas muriendo!

## VIII

Aún te miro —con el alma loca  
por el pesar— tendida sobre el suelo;  
de tus pupilas empañado el cielo,  
sangre manando la entreabierta boca.

¡Me parece que aún mi mano toca  
tu frente blanca y fría como el hielo;  
y que me abrazo a ti, con un anhelo  
furioso, como el náufrago a la roca!

Beso, otra vez, tu boca inanimada,  
como una flor de nieve empurpurada  
por la sangre que rápida corría...

Y oigo mi grito, el formidable grito  
que voló de mi pecho al infinito;  
aquel grito de: ¡Muerta! ¡Madre mía!

## IX

Terriblemente pálida, a tu lecho  
te llevé... y vi, por la hemorragia, rojos  
tus labios mustios; tus abiertos ojos  
grandes y acuosos, fijos en el techo.

Te entrelacé las manos sobre el pecho,  
y tus miembros, aún tibios y flojos,  
palpé aturdido; y ante tus despojos  
permanecí de un hálito en acecho.

Fue lentamente congelando el frío  
tus facciones augustas y serenas;  
quedó tu cuerpo rígido y... vacío;

porque, bajo tu carne de azucenas,  
¡también huyó con el sangriento río  
hasta el azul del cauce de tus venas!

## X

Al verte, madre, entre los brazos presa  
de la Parca, ceñíme a tus despojos,  
y con mis dedos te cerré los ojos,  
cumpliendo así mi funeral promesa.

¡Cómo es la vida! Aquella tarde, ilesa,  
del sol poniente ante los rayos rojos,  
de un crucifijo al pie, puesta de hinojos,  
yo dejádote había; y ¡oh sorpresa!

Tornaba aquella tarde más dichoso  
a tu lado, que nunca. De repente  
entré a tu cuarto: hallélo silencioso...

Y al buscar tu mirada y tu sonrisa,  
con tu cadáver tropecé... ¡Y hay gente  
que afirma aún que el corazón avisa!

## XI

¡Ah, pobre madre mía idolatrada!  
Yo juré vivir mientras vivieras;  
y aunque bien sé que sin cesar me esperas  
¡tú no quieres que acorte la jornada!

Porque tú estás en mí reconcentrada,  
como si el todo de mi vida fueras.  
¡Madre, —te juro yo— mientras no mueras,  
esta existencia atroz, será sagrada!

Y como tú no has muerto (aunque a la fosa dicen que te llevé), porque te siento junto a mí, más querida y cariñosa,

¡no sé si al exhalar mi último aliento, hoy, por mi voluntad, madre piadosa, será o no quebrantar mi juramento!

## XII

Y en esa duda me revuelvo y gimo: no sé si al acercarme, en esta hora, a ti —destello de la grande aurora celestial— te complazco o te lastimo.

Mas, como tengo tu constante mimo, esperaré a la muerte bienhechora que me aproxime a ti, dulce señora, ya que a ti, por tu bien, no me aproximo.

¡Qué importan mis constantes sinsabores; qué de mi suerte las terribles sañas en este inmenso valle de dolores,

si sé que por doquiera me acompañas, porque te llevo, ¡amor de mis amores! como tú me llevaste: ¡en las entrañas!

## XIII

Esperaré; y en día no lejano, cuando se apiade mi contraria suerte y me depare el ósculo de muerte que ha de salvarme del contagio humano,

pienso que cielo, y tierra, y océano  
de gozo temblarán, y que yo al verte  
¡caeré de nuevo en tu regazo inerte,  
después de traspasar el hondo arcano!

Mas luégo, nuestras almas en un grito  
de amor se fundirán, y un mismo anhelo  
nos llevará a los pies del Dios bendito;

y así como esos astros de áureo vuelo  
que vagan de infinito en infinito,  
¡volaremos los dos, de cielo en cielo!

#### XIV

Y en un eterno abrazo confundidos,  
lejos de las mundanas mezquindades,  
oiremos en las altas claridades  
de la angélica orquesta los sonidos.

Y veremos con ojos sorprendidos  
la desaparición de las edades,  
hasta que el mundo, envuelto en tempestades,  
caiga en rotos fragmentos esparcidos.

Y cuando en esa vida misteriosa  
toda mi sed de dicha se mitigue,  
y tú sientas la calma prodigiosa,  
como en el cielo todo se consigue,  
¡tú serás una estrella esplendorosa;  
yo, un satélite tuyo que te sigue!

## LAS MANOS DE MI MADRE

¡Manos que en el crespón de la tiniebla  
de la noche insonora  
pálidas flotan como airón de niebla!  
¡Oh, las manos difuntas  
de la triste señora,  
de la madre doliente  
que há tiempo no responde a mis preguntas!  
¡Oh manos que existieron solamente  
para elevarse a Dios y vivir juntas!

¡Manos hechas de amor, adoloridas,  
sangradas sin cesar por los abrojos  
de las ajenas vidas!...  
¡Que nunca hubieron de ocultar sonrojos,  
que en el mundo cerraron mis heridas  
y que se fueron sin cerrar mis ojos!

¡Oh manos aguzadas  
por el dolor y la piedad! ¡Divinas  
manos que vi a menudo entrelazadas  
cual si una de otra, acaso por lo finas,  
siempre hubiesen estado enamoradas!

¡Manos claras, radiosas,  
que siempre aleteantes y piadosas,  
esparciendo un frescor de esencias vagas,  
posábanse cual níveas mariposas  
en los rojos claveles de las llagas!

¡Manos alabastrinas,  
frágiles y pequeñas,  
cuyos dedos de raso,  
en la noche del mal llena de espinas,  
me llamaron por señas  
y enderezaron mi torcido paso!

Manos claras, serenas,  
azuladas apenas  
por la red de las venas,  
que parecían, al tocar las cosas,  
por encima, azucenas;  
y por debajo, rosas.

Manos sabias, prolijas,  
que mi sudor secaron en la cuesta  
que me tocó subir... ¡Manos de santa  
que nunca entorpecieron las sortijas,  
y en mi noche más lóbrega y funesta  
trizaron la blasfemia en mi garganta!

Desde la eternidad donde cual una  
tenue gasa de luna  
flotáis, manos queridas  
que nunca hubísteis de ocultar sonrojos  
y en el mundo cerrásteis mis heridas...  
¡Volved, oh manos, y cerrad mis ojos!

## ESTRELLAS

¡Estrellas que brilláis en las oscuras  
profundidades de los hondos cielos,  
diamantes de las hórridas negruras,  
antorchas de mis lúgubres desvelos!

¿Adónde vais así, de oro cubiertas,  
por esas soledades, pensativas,  
pálidas unas como novias muertas,  
fúlgidas otras como flores vivas?

En vuestra procesión interminable  
¿qué buscáis en los campos infinitos?  
Decidme: ¿mi dolor es incurable?  
¿No os llega nunca el eco de mis gritos?

Díme tú, Sirio, enorme solitario  
que alumbras mi profundo desconsuelo:  
¿cuánto hace que iluminas el santuario  
hondo y azul del Hacedor del cielo?

Y tú, trémulo Arturo, esplendoroso  
luminar que atraviesas el vacío:  
¿por qué, sin un instante de reposo,  
temblando estás, cual si tuvieses frío?

Divino Aldebarán: tú que flameas  
como un incendio en la inmutable hondura,  
¿por qué tan dulcemente parpadeas?  
¿por qué no me relatas tu amargura?

Tú, melancólica Alfa del Navío,  
y tú, Prosión, a quien por triste adoro,  
¿en las linfas azules de qué río  
humedecéis vuestros cabellos de oro?

Cantadme al punto, relatadme todas  
vuestras extrañas penas y alegrías,  
vuestros amores castos, vuestras bodas  
en esas dilatadas lejanías.

¿Cómo os llamáis en el profundo seno  
de la tremenda eternidad? ¿Alguna  
de vosotras, el hondo azul sereno  
recorre enamorada de la luna?

Habladme de vosotras, pudibundas  
viajeras de las noches solitarias,  
luminosas enfermas moribundas,  
anémicas antorchas funerarias!

Habladme de vosotras y a la altura  
llevadme a contemplar vuestra armonía.  
¡Quiero saber en la celeste hondura,  
cuál de vosotras es... la madre mía!

El mar se agita en la ribera y ruje.  
Las verdes olas en la arena estallan.  
¡Resbala el barco, se estremece y cruje;  
el viento gime y las estrellas callan!

## ¡OH LUNA!

Melancólica reina pudibunda  
que vagas por los ámbitos del cielo  
como un místico témpano de hielo  
entre la negra oscuridad profunda.

En esta noche en que tu faz circunda  
un halo transparente como el velo  
de las vírgenes novias, un anhelo  
azul y enorme como el mar, me inunda.

¿Sabes lo que mi espíritu ambiciona  
en esta noche de noviembre, fría,  
en que el cierzo las tumbas desmorona?

Que bajes de la bóveda sombría  
y pongas esa sideral corona  
sobre el sepulcro de la madre mía.

## SONETO

¡Tóma mi cuerpo, madre, te lo entrego  
ensangrentado... como me lo diste;  
sólo que a ti va ahora mudo y ciego,  
menos lloroso, sí; pero más triste!

¡Gracias, madre, fue hermoso, tuvo suerte,  
el mejor vino y el amor más loco  
gozó en la lucha; pero poco a poco  
lo echó el asco en los brazos de la muerte!

Dáde un gran beso de perdón; no llores,  
no vayas a llorar... Agradecida  
pronto lo estrechará la madre tierra.

¡Tú y ella, mis dos madres, mis amores!  
Alégrate: la vida... la gran vida  
comienza en toda tumba que se cierra!

## **CUARTA PARTE**

**Rosal Divino**

POESIA

EL ROSAL DIVINO

Cabizbajo el Señor, Gólgota arriba,  
la cruz al hombro, mudo y sin aliento,  
hacia el final de sus angustias iba,  
cayendo aquí y allá, todo sangriento.

Oculto Judas en aquel momento,  
miró con cautelosa expectativa  
desfilas la siniestra comitiva  
por el largo camino polvoriento.

Y al contemplar del Mártir las espinas,  
en fiera trabazón, y las preciosas  
úlceras como flores purpurinas,

Judas cayó de hinojos sollozando:  
creyó ver un rosal lleno de rosas  
que iba sobre las piedras caminando.

## SILENCIO SANTO

Trepaba el dulce Redentor la cumbre  
del Gólgota, agobiado por el peso  
de la infamante cruz.

La muchedumbre  
le cercaba.

De pronto sonó un beso  
en el semblante lívido del Justo  
y el que le dio aquel beso, así le dijo

al Nazareno: "Augusto  
Señor, si está en tu mano  
(pues eres de Dios hijo)  
secar el oceano

y convertir la tierra en humo vano,  
¿por qué no calmas tu pesar prolijo?

¿En dónde están tus rayos y tus truenos  
que sobre tantos míseros sayones  
no arrojas? Sus malvados corazones,  
más que de ira, de ignorancia llenos,  
¿por qué no arrancas o los tornas buenos?  
¿A qué el dolor que enerva y asesina?"

Y el Cristo, esa blancura ensangrentada,  
que todas nuestras almas ilumina,  
como un muerto calló:

¿No dijo nada!

## LA PEDRERIA DEL DOLOR

El Divino Señor, bajo la fría  
impasibilidad del firmamento,  
tronchado por el último tormento  
en el regazo maternal yacía...

¡Ni un reproche, ni un ay! ¡Sólo se oía  
en aquel melancólico momento,  
como un susurro musical, el lento  
gotear de los ojos de María!

El llanto de la madre que bañaba  
el cadáver del hijo, se mezclaba  
con los grumos de sangre carmesíes.

Y eran así las carnes nazarenas:  
un búcaro de lirios y azucenas  
cubierto de diamantes y rubíes.

¡ELI, ELI, LAMNE SABACHTANI!

En sangre tinta la radiosa frente,  
en la cruz infamante el Cristo expira;  
y al expirar, la ya desfalleciente  
cabeza roja como el sol poniente,  
sobre los hombros dislocados gira.  
Ha llamado a su Padre, y lo ha llamado  
con el más hondo y penetrante grito;  
pero la voz del gran Crucificado  
al volar a los cielos se ha apagado  
en la sorda mudez del infinito.

Por eso melancólico y sombrío,  
al contemplar la realidad desnuda,  
las pupilas revuelve en el vacío,  
muda protesta del que siente el frío  
del arpón implacable de la duda.

Son las tres de la tarde; el firmamento  
calla, y el sol con rayo moribundo,  
tras de las nubes que desgarran el viento  
ilumina el cadáver macilento  
y exangüe ya del Redentor del mundo.

¡Oh Cristo! Si a pesar de tus dolores  
y de tu santidad, en las alturas  
nadie escuchó tus férvidos clamores,  
¡quién nos oirá a nosotros, pecadores  
eternos de este valle de amarguras!

## JOB

Job, el leproso formidable, hediondo  
hasta asfixiar, su acuosa podredumbre  
siente un día rodar bajo la lumbré  
de un sol de estío, refulgente y blondo.

Y el ojo clava en el azul sin fondo  
de la impasible y colossal techumbre,  
y olvidando su antigua mansedumbre  
lanza un rugido lastimero y hondo.

Es ya de noche: un charco nauseabundo  
de carnes desleídas y asquerosas  
se dilata a los pies del santo inmundo;

y entre aquel charco, atónitas y bellas  
como enjambre de abejas luminosas,  
mira Job, cabizbajo, las estrellas.

## LA LAGRIMA DE SATAN

Del infernal abismo, con estruendoso vuelo,  
rasgando la tiniebla surgió Satán: quería  
ver otra vez la comba donde se espacia el día,  
ver otra vez su patria, ver otra vez el cielo.

Miró durante un siglo. Cuando colmó su anhelo  
y recordó el proscrito que allá no volvería,  
con honda pesadumbre la formidable y fría  
cabeza hundió en el polvo del calcinado suelo.

Después... lanzó un sollozo que pareció un rugido,  
y lengua, azul y amarga, pugnó una gota en vano  
por no salir del ojo del gran querub caído.

¡Crujieron valle, y cumbre, y otero, y bosque y llano,  
porque la gota aquella, buscando inmenso nido,  
formó, al rodar, la mole del pérfido océano!

## **QUINTA PARTE**

**Orbe**

## AÑO ARMONICO

## P R I M A V E R A

¡La campiña!

Sobre el césped del cortijo va la niña  
 tierna, rubia, frágil, blanca;  
 —bajo el brazo la muñeca  
 de cartón rosada y hueca—  
 salta, corre, canta, grita,  
 y sus fúlgidos ojazos copian toda  
 la pureza de la bóveda infinita.  
 Vedla: es ritmo  
 y es donaire;  
 sus desnudos pies se agitan y parece  
 que también tuviesen alas  
 como el aire.

Dulcemente el aura toca  
 el capullo de su boca  
 que es esencia y es frescura  
 y es panal, húmedo y tibio,  
 de miel pura.  
 Va contenta, retozona,  
 va de prisa;  
 y en sus labios aletea,  
 como un ave sobre el nido, la sonrisa.

Primavera, en los jardines,  
 bosques, valles y barrancas,  
 echa rosas, rosas, rosas,  
 rosas blancas.

Una crencha rubia miente  
un celaje, sobre el ampo de su frente;  
frente casta,  
perla enorme que en el oro de sus rizos  
arcangélicos se engasta;  
frente pura que humedece  
el sudor, y que parece,  
bajo el soplo sano y frío  
de los céfiros, camelia  
empapada de rocío.

Va la niña; tal vez sueña  
con las hadas, y se cuenta  
ella misma, el cuentecillo  
de la pobre Cenicienta.

Y sus gritos, melodiosos,  
en las ráfagas deslíc,  
juguetona, parlanchina,  
mientras salta, corre y ríe.

Nace el alba; vibra el orto  
sus espadas de reflejos,  
y el espacio se sonrosa, y un gran vaho  
de perfumes acres llega  
de muy lejos.

Primavera en los jardines,  
bosques, valles y barrancas,  
echa rosas, rosas, rosas,  
rosas blancas.

## E S T I O

Es rescoldo  
la ancha tierra; bajo un toldo  
de verdura, una joven campesina  
en el pecho de su amante  
se reclina;  
un arroyo serpentea, susurrante,  
salta en tumbos que retumban  
en las rocas del vibrante  
bosque espeso;  
los insectos giran, zumban  
como nube de ámbar y oro,  
y en el aire suena un beso  
y un “¡te adoro!”  
Ni una nube  
mancha el cielo;  
un gran hálito de horno sube, sube  
a las ramas silenciosas, desde el suelo.  
¡Cuán hermosa  
la muchacha! Su mejilla  
viva rosa;  
y su boca, almibarada,  
tiene muchos más rubíes,  
muchos más que una granada.  
Olorosa como el heno,  
y brillante como el heno, su cabeza  
se endereza  
como enorme flor de oro,  
sobre un talle de esbeltez y vida lleno,  
mientras se alzan, con la espuma  
del encaje de su traje,  
medio ocultas,  
las dos ondas de su seno.

El estío, por las ramas  
soñolientas, tembladoras,  
filtra llamas, llamas, llamas  
quemadoras.

Un suspiro, moribundo,  
de amor, pasa por el mundo;  
y la joven, suelto en rizos el cabello  
poderoso y ondulante,  
sus desnudos brazos finos  
echa al cuello  
de su amante;  
y se ciñe, toda, toda,  
al mancebo noble y fuerte:  
es el día de su boda.  
Con voz tierna  
asegura que su dicha  
será eterna.

Por un claro del gran bosque yo la veo  
que se agita, jadeante,  
bajo el ansia del deseo.  
El ambiente la sofoca;  
el placer la descoyunta;  
y ebria y loca,  
a los labios del mancebo  
sus ardientes labios junta.  
Y las dos palpitaciones  
de sus buenos corazones  
anhelantes  
repercuten de la selva en los rincones  
más distantes...  
Medio día.

al zenit el sol ya llega,  
y sus dardos ardorosos, deslumbrantes,  
a la madre tierra envía.

El estío, por las ramas  
soñolientas, tembladoras,  
filtra llamas, llamas, llamas  
quemadoras.

## O T O Ñ O

Luz de luna  
su mirada;  
su pupila  
noche bruna;  
sus ojeras  
guardan toda la ceniza  
que cayó, cuando sus ojos  
fueron vívidas hogueras;  
su pestaña engarza en oro  
un diamante de su lloro.

En un bucle que sus sienas engalana  
como un hilo de alba seda, se desliza  
una cana.

En el campo,  
del sol mira el postrer lampo  
taciturna...

del sol triste que se emboza, poco a poco,  
en la clámide nocturna.

Desteñida, no provoca  
ya la adelfa de su boca,  
porque es flor que la sonrisa ya no mueve:  
hoy sus pétalos pegados y sinuosos  
no descubren el refugio  
de la nieve;  
boca triste, boca seca:  
en sus róseas comisuras,  
de fastidio hay una mueca.  
Sin embargo,  
a pesar de aquel constante  
dejo amargo,

en su ..... , todavía marfileño,  
 hay un no sé qué de dulce...  
 de fantástico... ¡de ensueño!

El otoño, en las orillas  
 del camino, riega hojas,  
 hojas y hojas  
 amarillas.

De su frente  
 la tersura  
 se deshace lentamente:  
 la visión del blanco invierno  
 al blancor de aquel semblante  
 pone en fuga...  
 y se alarga entre sus cejas, desdeñosas  
 y enarcadas, honda arruga.  
 En sus manos, bien cuidadas,  
 todas llenas  
 de sortijas, se insinúan  
 las azules serpentinas de sus venas;  
 y su barba, como lirio  
 melancólico y maltrecho,  
 agoniza en los encajes  
 de la doble y blanda loma  
 de su pecho.

Solitaria yo la veo  
 en un banco  
 del paseo;  
 tal vez sueña con las flores  
 de otros tiempos: ¡sus amores!  
 Los recuerdos más hermosos  
 y gratísimos  
 ahora,

tal vez pasan por su mente,  
mientras Hora...  
Es la tarde. Allá a lo lejos,  
su cabeza el sol sumerge  
en la sangre de los últimos reflejos...

El otoño, en las orillas  
del camino, riega hojas,  
hojas y hojas  
amarillas.

## I N V I E R N O

Tras la lóbrega ventana  
de una choza, hay una anciana:  
hila, hila,  
y enturbiando  
su pupila,  
de sus lágrimas dos gotas,  
al salir, de cuando en cuando,  
y al brillar fingen dos gruesas  
perlas rotas.  
Sus mejillas  
lacias caen; se entrechocan  
sus rodillas.  
Viste luto,  
y una huella, casi extinta,  
hay apenas en su pobre seno enjuto.  
En su frente  
dejó el tiempo despiadado  
el ultraje  
de su arado.  
Y su boca,  
ya marchita,  
es un hueco de oraciones,  
de oraciones que musita  
ella, sola, en los rincones  
de la estancia. ¡Pobrecita!  
¿Qué se hicieron los encantos  
de su cuerpo? ¿Qué las épocas felices?...  
¡De sus manos sólo quedan  
dos raíces!  
El invierno, sobre el techo  
de la choza, llueve, llueve,  
llueve copos, grandes copos  
de alba nieve.

Sopla el cierzo, y la cabeza  
de la triste anciana eriza;  
la cabeza que parece  
de ceniza.  
Cruje el tuero;  
de rescoldo hay un reguero  
en el fúnebre recinto de la estancia,  
y saturan los tizones  
el ambiente de una exótica fragancia.

Débil, mustia y alelada,  
¿en qué sueña aquella triste  
mujer sola?  
¿En qué sueña? ¡En nada, en nada!  
Sólo advierte  
que a sus plantas va formándose el vacío...  
¡y que siente todo el frío  
espantoso de la muerte!

En el cielo  
desolado, el rüido  
de su vuelo  
y el graznido  
de su canto, deja oír en las tinieblas  
un mochuelo.  
Es de noche; no hay un astro;  
todo es sombra  
en el llano y en el bosque,  
y en la vega que parece de alabastro.  
A la puerta  
ladra un gozque.  
El invierno, sobre el techo  
de la choza, llueve, llueve,  
llueve copos, grandes copos  
de alba nieve.

## HORAS

## A U R O R A

¡Huye la sombra! El pálido horizonte  
de ondas de luz purísima se anega,  
y por encima del andino monte  
la hermosa rubia a sus dominios llega.

Y se mece en hamaca de neblinas,  
casi desnuda en el azul del cielo,  
desgarrando sus gasas purpurinas  
sobre los blancos témpanos de hielo.

Mece el árbol la copa somnolenta;  
las hojas lucen brilladora escarcha,  
y allá arriba, do ruge la tormenta,  
la luz prosigue su infinita marcha.

De la choza del rudo campesino,  
como buscando incógnitas regiones,  
suben, en impalpable remolino,  
con el humo sutil las oraciones.

Yérguese el toro en la feraz llanura  
con el testuz cubierto de rocío;  
blanco vapor de su nariz oscura  
brota y se expande en el ambiente frío.

Y muge; de la límpida mañana  
el aire puro sus pulmones hincha,  
mientras el potro en la extensión lejana  
revuélcase, incorpórase y relincha.

¡Tiemblan los nidos! Las desnudas rocas  
dóranse al esplendor de la alborada,  
y abren las nubes, como azules bocas,  
franjas de cielo en la extensión callada.

Entre las ramas del follaje umbrío,  
frases de amor arrullan las palomas;  
y en el césped, cuajado de rocío,  
la flor revienta en explosión de aromas.

Zumba el insecto; la sonora fuente  
murmura alegre y su caudal dilata;  
y ruge altiva, en rápida pendiente,  
de peñón en peñón la catarata.

Hínchase el lago a la primer caricia  
del aura débil que en los juncos ora,  
y saborea con sensual delicia  
los castos besos que le da la aurora.

Allá lejos, soberbio y palpitante,  
lucha el mar con las rocas de granito;  
¡el mar! ese colérico gigante  
que amenaza y atruena el infintio.

La violeta se esconde, y ya despierto  
se empina el girasol, ríe la rosa,  
y parece el clavel, rojo y abierto,  
ascua movable entre la selva hojosa.

Y en tanto que sacude el ala fría  
el céfiro en el cáliz de las flores,  
parece el bosque, al despertar el día,  
jaula inmensa de alados trovadores.

Teñidas de carmín y de topacio  
flotan las nubes en la aguda sierra.  
¡Todo se baña en luz en el espacio!  
¡Todo respira amor sobre la tierra!

Ya tras el ancho cortinaje denso  
de blancas nieblas y opalinas brumas,  
asoma el sol en el espacio inmenso  
cual barco de oro en piélago de espumas.

Y se eleva dorando los pensiles  
que esparcen sus balsámicos efluvios  
al descender sus rayos cual sutiles  
hebras flotantes de cabellos rubios.

Y avanza, avanza, y las inquietas nubes  
al recoger los gayos esplendores,  
se convierten en pálidos querubos  
que a hundirse van en mares de colores.

¡La aurora tiembla! El sol la mira y posa  
un ósculo en su cuerpo nacarado;  
ella lo envuelve en su fulgor de rosa  
y se extingue en la hoguera de su amado.

## M E D I O D I A

Deslumbra el sol en la mitad del cielo;  
mares de luz desde el zenit envía,  
y ante su rayo abrasador, el hielo  
se torna en llanto en la montaña umbría.

Es hora del trabajo: en las ciudades  
recomienzan los hombres sus tareas;  
y el humo entre infinitas claridades  
brota de las negruzcas chimeneas.

En los lagos las náyades a solas  
flotan cual sobre piélagos de llamas,  
y los peces ostentan en las olas  
el oro y el azul de sus escamas.

Oyese el rudo golpe del martillo  
sobre el ascua que cruje y que se queja;  
y en los prados la voz del camarillo  
hace dúo al balido de la oveja.

Arde la tierra; el ave se guarece  
bajo las verdes y tupidas frondas;  
el trigal brilla, y ante el sol parece  
sordo huracán de cabelleras blondas.

Hunde el gañán la deslumbrante azada  
en el surco que el rojo sol caldea,  
en tanto que en su frente retostada  
de sus cabellos el sudor gotea.

La brisa abochornada finge amores  
y se aquietta y se esconde en los pensiles;  
se oyen besos de aromas en las flores  
y rugidos de amor en los cubiles.

Besa una flor la abeja; el delicioso  
néctar la flor le da con embeleso,  
y la abeja borracha y sin reposo  
va en busca de otra flor y de otro beso.

Es hora del calor; vagos efluvios  
de lujuria dan brío a las faenas;  
la luz arde en los cielos en diluvios,  
y en diluvios de fuego arden las venas.

Ansias incomprensibles se desbordan  
de los vírgenes senos; flotan mares  
de luz en las pupilas; y se asordan  
en el fondo del alma los pesares.

Bullen las savias; los retoños nuevos  
revientan en las vírgenes montañas;  
se estremecen las aves en los huevos...  
y sacuden los fetos las entrañas.

Las fieras en sus hórridas guaridas  
los músculos se oprimen temblorosas;  
se relamen las jetas sonreídas  
y se palpan las garras espantosas.

El turbulento y plateado río  
hierve y levanta sus convulsas olas,  
y aunque azota las márgenes, bravío,  
por besarlo se inclinan las corolas.

En el desierto el caminante busca  
el oasis que brinda sombra y calma,  
mientras que el sol canicular chamusca  
las polvorientas hojas de la palma.

Los amantes se ocultan en la sombra  
de los frondosos árboles, y luego...  
se recuestan del césped en la alfombra  
y hacen vibrar sus ósculos de fuego.

Cómo brillas ¡oh sol esplendoroso!  
No hay una nube que tu rayo quiebre;  
tú la vida difundes ¡oh coloso!  
Pero, avanza... ¡Natura tiene fiebre!

## O C A S O Y N O C H E

Sangriento el sol corona la alta cumbre,  
y mustio, al despedirse de la tierra,  
se amortaja con sábanas de lumbre  
y expira como un dios, tras de la sierra.

La tarde entorna los cansados ojos,  
y al sucumbir, doliente y abrasada,  
cual sobre inmensos almohadones rojos,  
la cabeza reclina destrenzada.

Y entonces Dios, enamorado de ella,  
desde su trono azul, lleno de galas,  
al verla triste, moribunda y bella,  
poco a poco la cubre con sus alas.

Y del silencio ante el solemne halago,  
la blanca luna, anémica sublime  
que finge amor al soñoliento lago,  
llega y un beso a la expirante imprime.

Oyense preces en ignotas aras;  
y al fin, envuelta en sus oscuros velos,  
la inmensa negra de pupilas claras...  
penetra en el alcázar de los cielos.

Llena al punto el espacio de crespones,  
hace vibrar el arpa del mutismo,  
y comienza a llorar exhalaciones  
como gotas de fuego en el abismo.

la flor cierra los labios; calla el mundo;  
en luz se rompe en lo infinito el astro;  
y del negro horizonte en lo profundo,  
sube la niebla en olas de alabastro.

Surge Morfeo, el dios ebrio de opio  
que al pardo buho del osario alegra,  
y el astrónomo apunta el telescopio  
a las pupilas de la inmensa negra.

En tanto, del vacío en la negrura,  
como lagos de pétalos de rosas  
frescas y blandas, en la eterna altura  
se ven palidecer las nebulosas.

Transpira el bosque aromas embriagantes,  
y aduerme los monótonos rüidos  
de sus hojas, temiendo por instantes  
que despierten las aves en sus nidos.

Duerme la virgen en su blanco lecho  
y sueña con las flores y las nubes,  
mientras le rozan el ebúrneo pecho  
con sus abiertas alas los querubes.

Duerme el niño y suspira blandamente  
y sueña con el seno que lo aguarda,  
mientras lo arrulla con amor ferviente  
quedo, muy quedo el ángel de la guarda.

El criminal no duerme: su conciencia  
no deja que sus párpados se unan;  
de la noche lo espanta la presencia,  
el silencio y la sombra lo importunan.

El amante está en vela, pero sueña,  
sueña con los encantos de su amada;  
cierra los ojos y la ve risueña  
con la cabeza hundida en la almohada.

El fuego fatuo, sol de los osarios,  
brota de los sepulcros entreabiertos,  
y agitando sus fúnebres sudarios  
hablan a solas los helados muertos.

Sólo del mar el poderoso grito  
se oye vibrar en tan solemne calma.  
¡Canta el poeta! ¡Explora el infinito,  
y al infinito se remonta el alma!

La luna, en tanto, entre ignorados mundos,  
del monte baña con su luz los flancos,  
y parecen sus rayos moribundos  
hebras sutiles de cabellos blancos.

Y al fin sucumbe desolada y triste  
mostrando su letal abatimiento,  
y son las nubes con que al fin se viste  
rotas mortajas que amontona el viento.

De súbito la noche entristecida  
siente que alguien la acosa, y asustada  
corre, corre temiendo por su vida,  
corre a perderse en la insondable nada.

Surge la aurora en horizontes bellos,  
y a la noche, colérica, amenaza;  
luégo empuña sus dagas de destellos  
y la hiere, y después... ¡la despedaza!

Salta la luz en explosión ardiente  
y al mundo rueda en argentada lluvia,  
mientras en pie, sobre el lejano oriente,  
canta victoria la gigante rubia.

## APOTEOSIS

El sol desde el zenit, resplandeciente,  
disparando los rayos de su frente  
en campo abierto, azul, limpio de galas,  
cual si hubiesen barrido los querubes  
los oscuros encajes de las nubes  
con los blancos plumones de sus alas.

El aire quieto; allá en la lejanía  
muda la gigantesca serranía;  
abajo, el verde mar de la sabana;  
y en medio a tanta luz, áspera y fuerte,  
anunciando en los ámbitos tu muerte,  
la monótona voz de una campana.

¡Tú, muerta, en los carmines de la vida!  
sin una decepción, sin una herida;  
¡tú, la hermosa, la flor no deshojada;  
tú, la virgen, la tímida, la pura,  
cayendo en la medrosa sepultura?  
¿Ser luz, ser fuego y convertirse en nada?

¡Imposible! ¡Jamás! Si tú moriste,  
el cielo no es un mito, el cielo existe,  
y hacia él alzaste, al expirar, tu vuelo.  
No se concibe el sol sin sus fulgores;  
no se concibe el mundo sin sus flores;  
no se concibe el ángel sin el cielo.

Allá te veo; allá miro tus huellas  
como un surco formado con estrellas.  
Allá te miro con tus mismas galas.  
Quizás por eso, alegres los querubes,  
barrieron los encajes de las nubes  
con los blancos plumones de sus alas.

## HIMNO A LA AURORA

Celestial mariposa  
de alas tenues y grandes  
teñidas de oro y rosa:  
tú que en el amplio cielo,  
tras del enorme boa de los Andes,  
alzas el blando y luminoso vuelo.

¿De qué jardín sublime  
vienes, divina mariposa? Díme:  
¿en qué sidéreo broche  
libas la miel que te alimenta? ¿Acaso  
tus luengas alas de luciente raso  
batiste en los jardines de la noche?

¿En qué flores de luces infinitas  
saciaste tus anhelos?  
¿Tal vez en las radiantes margaritas  
que se abren en los surcos de los cielos?

Ya que los horizontes  
llenas de luz y galas,  
y derramas en mar, valles y montes  
todo el dorado polvo de tus alas...

¡Celestial mariposa!  
vén y tus remos en mis sienas pósa;  
desciende al pobre mundo  
de tu vergel profundo,  
¡antes de que en los giros de tus vuelos  
te quemes en la antorcha de los cielos!

## HIMNO A LA NOCHE

Ya descuelga la noche sus cortinas:  
en la sombra la tarde se desmaya,  
y a través de las pálidas neblinas,  
se ven las juguetonas golondrinas  
volar sobre la arena de la playa.

En la comba turquí del firmamento  
las estrellas derraman sus fulgores;  
y las nubes con tardo movimiento  
taciturnas se cuentan sus amores  
sobre las alas del callado viento.

En su lecho de perlas y corales  
sacude el mar sus encrespadas olas;  
y llegan, con las brisas estivales,  
envueltos en aromas tropicales,  
ecos de moribundas barcarolas.

Soledad y silencio a un tiempo mismo  
se enlazan bajo el manto de las brumas,  
y el hondo mar, el proceloso abismo,  
con rudo y estentóreo paroxismo  
avienta en el espacio sus espumas.

Y yo, tranquilo ante el fulgor del cielo,  
miro del mar los seculares rastros,  
y en las alas azules de mi anhelo  
se remonta mi espíritu a los astros  
con inaudito y poderoso vuelo.

Y me complazco en contemplar a solas  
 los gigantescos mundos que gravitan  
 en ese mar espléndido, sin olas,

y cuyos rayos al bajar palpitan  
 y dan besos de amor a las corolas

.....

Vén, mi adorada, el astro reverbera;  
 la blanca nube en el espacio gira;  
 no vaciles: la noche nos espera;  
 sacúde la flotante cabellera  
 y hacia el abismo de los cielos míra.

Vén, contémpla las límpidas estrellas,  
 su tibia luz y sus eternas galas  
 siempre imponentes, como siempre bellas.  
 ¡Míra las nebulosas: son las huellas  
 que imprimen los querubes con sus alas!

La blanca luna en el oriente asoma,  
 y el mar va hinchando su convulso seno;  
 ya su voz es arrullo de paloma  
 y no fragor de formidable trueno  
 que en las alas del aire se desploma.

¡Vén y mitíga con tu dulce acento  
 este pesar que al corazón devora!  
 Está dormido en la montaña el viento,  
 y está lleno de luz mi pensamiento  
 como el espacio al despuntar la aurora.

¡Vén y amemos a Dios cuya pupila  
 todo el fulgor del universo absorbe;  
 cuyo poder los astros aniquila,  
 y a cuya planta se suspende el orbe,  
 punto de luz que a su mandato oscila!

¡Amémonos! La noche encantadora  
ostenta su lujoso panorama;  
el cielo brilla, el céfiro enamora...  
brinda la flor su esencia embriagadora,  
el ave duerme... y el torrente brama.

## IDILIO ETERNO

Ruge el mar, y se enerespa, y se agiganta;  
la luna, ave de luz, prepara el vuelo;  
y en el momento en que la faz levanta,  
da un beso al mar, y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable, que respira  
tempestades, y sube y baja y crece,  
al sentir aquel ósculo, suspira...  
¡y en su cárcel de rocas se estremece!

Hace siglos de siglos que, de lejos,  
tiemblan de amor en noches estivales;  
ella le da sus límpidos reflejos;  
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores  
estos viejos amantes afligidos:  
ella le dice: “¡te amo!” en sus fulgores,  
y él prorrumpe: “¡te adoro!” en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,  
y el mar la arrulla con su eterno grito,  
y le cuenta su afán y su amargura  
con una voz que truena en lo infinito.

Ella, pálida y triste, lo oye y sube;  
le habla de amor en su celeste idioma,  
y velando la faz tras de la nube  
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible;  
 que el mar la copia en su convulso seno,  
 y se contempla en el cristal movable  
 del monstruo azul, donde retumba el trueno.

Y al descender tras de la sierra fría  
 le grita el mar: “¡En tu fulgor me abraso!  
 ¡No descendas tan pronto, estrella mía!  
 ¡Estrella de mi amor, detén el paso!

¡Un instante mitíga mi amargura,  
 ya que en tu lumbre sideral me bañas!  
 ¡No te alejes! ¡No ves tu imagen pura  
 brillar en el azul de mis entrañas?”

Y ella exclama, en su loco desvarío:  
 “¡Por doquiera la muerte me circunda!  
 ¡Detenerme no puedo, monstruo mío!  
 ¡Compadéce a tu pobre moribunda!

Mi último beso de pasión te envío;  
 mi postrer lampo a tu semblante junto...”  
 Y en las hondas tinieblas del vacío,  
 hecha cadáver, se desploma al punto.

Entonce el mar, de un polo al otro polo,  
 al encrespar sus olas plañideras,  
 inmenso, triste, desvalido y solo,  
 cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos astros  
 del alba luna en el oscuro velo,  
 tiemblan de envidia y de dolor los astros  
 en la profunda soledad del cielo.

¡Todo calla! El mar duerme y no importuna  
 con sus gritos salvajes de reproche;  
 ¡y sueña que se besa con la luna  
 en el tálamo negro de la noche!

## BUSCADORES DE ORQUIDEAS

Tác... tác... tác... grita el hacha en la espesura.  
Tác... tác... tác... sin cesar repite el eco;  
y se ahonda en el roble la cisura  
mortal, al golpe despiadado y seco  
del hacha reluciente y homicida  
que va agrandando con su filo el hueco  
de la espantosa y perfumada herida.

Y el roble, lentamente, se destronea;  
parece un arpa inmensa... pero muda,  
entre cuyos bordones la voz ronca  
del aquilón huirá despavorida,  
sin encontrar la resistencia ruda  
de la vibrante ramazón tupida...  
porque el árbol que muere, ¡se desnuda!

Ante la furia del postrer mandoble  
del viejo *buscador* de faz curtida  
rueda como un titán el alto roble,  
desgarrando el verdor de la maraña  
hosca y espesa, en su brutal caída.

Y produciendo un lúgubre redoble  
que atruena el corazón de la montaña  
por el soplo del viento sacudida,  
a tierra viene como frágil caña  
aquel gigante secular ¡sin vida!

La fiera hirsuta asómbrase en la sombra.  
Salta el ciervo veloz, ante el aciago  
conflicto, y de la grama por la alfombra  
huye el reptil ante el ruidoso estrago.

Las aves, en innúmeras bandadas,  
tienden, medrosas, su tremente vuelo;  
y sesgando hacia el bosque sus miradas,  
al ver las ramazones destrozadas,  
se pierden en los ámbitos del cielo.

Con sus ya rotos e impotentes brazos  
en todas direcciones extendidos,  
el gran muerto reposa en la hojarasca,  
preso de los bejucos en los lazos.

El, que supo luchar con la borrasca,  
y de los huracanes los bramidos  
oyó, y sintió los fieros aletazos,  
¡yace por fin, con su millón de nidos,  
inmóvil, sobre el suelo, hecho pedazos!

Y por la formidable cortadura  
que le abrió el hacha innoble y asesina,  
llora su irreparable desventura  
con odorantes gotas de resina.

¡En tanto, como un fúnebre lamento  
preñado de nostálgicas congojas,  
un largo *de profundis* canta el viento  
entre los cortinajes de las hojas!

Clava, del muerto aquel en los escombros,  
el buscador, triunfante, sus pupilas;  
y con esmero y pulcritud le arranca,  
ya de la prominencia de los hombros,

ya de la cavidad de las axilas,  
la orquídea roja o amarilla o blanca.

¡Pobres flores! Mañana en la europea  
corte, engalantarán regios salones;  
y doblarán sus tallos, doloridos,  
no a los destellos de la luz febea,  
sino al fulgor de eléctricos hachones...  
¡Ellas... las confidentes de los nidos!

¡Pobres flores! Por ellas el frondoso  
roble cayó, bajo su propio peso,  
a los golpes del hacha del curioso  
buscador de parásitas. Por eso  
perdió su nido el trinador alado,  
y el gajo predilecto y sigiloso,  
en donde el néctar de su dulce beso  
daba al alegre compañero amado  
bajo el abrigo del follaje espeso.

¡El gran roble, somnífero y verdacho,  
ya no más erguirá sobre los otros  
árboles de la selva su penacho;  
no oirá el trotar de los salvajes potros,  
ni escuchará el rugir de la pantera,  
que, al gozar de las caricias de su macho,  
sintió morir su corazón de fiera!

¡Ya nunca más bamboleará, borracho  
de esencias infinitas, su alta copa;  
ni sentirá en su tronco los auxilios  
de la terrestre savia... ni la tropa  
alada irá a cantarle sus idilios!

¡No más el sol, que alumbra con su tea  
el universo, dorará sus frondas;

ni la brisa que canta y juguetea  
lo mecerá en la hamaca de sus ondas!

¡Ni nunca más, bajo la noche bruna,  
del mirlo escuchará la serenata;  
ni ya sus hojas volverá la luna  
a bañar con sus lágrimas de plata!

Ahora el viejo roble, desquiciado,  
se pudrirá; se pudrirá en su lecho  
de húmeda lama y de agresivo helecho.  
¡Oh, qué triste está ahí, todo encorvado!  
¡El, tan altivo y tan derecho!  
¡Oh, qué mustio está ahí, todo maltrecho!  
¡El, el sultán del bosque, destrozado!

.....  
Y ¡oh padre!... pensé en ti: roble fornido  
del huerto de mi amor. Columna recia  
del templo de mi hogar. ¡Hogar: iglesia  
única y verdadera. ¡Santo nido!

¡Bajo el fragante lienzo del sudario  
que te envuelve, también, padre querido,  
duermes como ese roble centenario,  
bajo el musgo balsámico y tupido!

Pensé en ti, muerte, que tan presto acudes,  
pues que tornaste en míseras pavesas  
a aquel patriarca de ojos apacibles,  
por robarle y robarnos sus virtudes:  
bondad, amor, ternura... todas esas  
parásitas del alma, inmarchesibles.

Y con odio implacable, pero noble,  
contemplé al rudo *buscador* de aquellas  
orquídeas melancólicas y bellas...  
Me incliné sobre el tronco del gran roble:  
¡besé sus flores y lloré por ellas!

## LAS DOS MISAS

## L A M I S A B L A N C A

Riega el alba al nacer todo el tesoro  
de sus matices múltiples, y al cielo,  
dejando su capullo, encumbra el vuelo  
como enorme libélula de oro.

Despierta el mundo. Un cántico sonoro  
vibra en todas las selvas. Su gran velo  
blanco arrastra la niebla sobre el suelo  
húmedo aún por el nocturno lloro.

Ved: el orbe es un templo formidable;  
el oriente, un altar donde salmodia  
el Sumo Dios su rezo indescifrable;

y bajo el arco del azul inmenso,  
se eleva el sol como inmortal custodia  
entre jirones de rosado incienso.

## L A M I S A N E G R A

El gran templo del orbe ya silente  
cerró sus puertas diáfanas. Ahora  
todo es mudez. En lo infinito llora  
la noche triste sobre el sol yacente.

Una mano invisible lentamente  
los cirios va encendiendo en la invasora  
tiniebla que los ámbitos decora  
con su crespón errátil y doliente.

En la vasta oquedad, descolorida,  
inmóvil, tenue, se quedó una nube  
de incienso en la alta nave suspendida.

De pronto una alba luz la sombra alegre;  
sonríe el cielo y al empíreo sube  
la Hostia blanca de la misa negra.

## COSECHA DE AMOR

Cuando vio las dos novias el labrador (sus hijas)  
alejarse en los brazos de sus esposos, tuvo  
que sentarse en la cuesta de la montaña, y fijas  
en los dulces amantes sus miradas mantuvo.

Tendió la tosca mano sobre sus anchas cejas;  
entrecerró los ojos y escudriñó con ansia  
la lejanía, y pudo ver a las dos parejas  
como dos negros puntos borrarse en la distancia.

tornó entonces los ojos el labrador anciano  
a su cortijo ¡solo! Sus lúgubres lamentos  
perdiéronse en la vasta desolación del llano.

Después hundióse en vagos y oscuros pensamientos.  
¡Ay! —pensó— en las espigas que sazona el verano,  
y en las mieses maduras que se van con los vientos.

## AL TEQUENDAMA

Trágico emperador de la montaña  
que finges en tu horrisono descenso,  
a través de la trémula maraña,  
una sonora tempestad de incienso.

Tu aliento de titán al sol empañá,  
y el cóndor queda en el azul suspenso  
ante el prodigio de tu heroica hazaña,  
ante el horror de tu suicidio inmenso.

De iris y perlas coronado chocas,  
al saltar de tu mole de granito,  
contra tu vasto féretro de rocas;

y al estrellarte, tu imponente grito,  
cual clamor de un millón de humanas bocas,  
¡en salva eterna asciende a lo infinito!

JULIO FLOREZ

## FULMINADO

Salta el rayo en la nube. Alfanje de oro  
raja el ámbito negro y atraviesa  
el abismo; desciende a la dehesa  
y húndese en el testuz del viejo toro.

Tras un brusco esplendor del meteoro,  
del verde llano a la montaña espesa  
el trueno pasa retumbando... Y cesa  
de la borrasca el fecundante lloro.

El huracán, terrible y altanero,  
cierra sus fauces lúgubres; ya nada  
se mueve. En el zenit brilla un lucero.

¡Y desde la llanura dilatada  
sube, como un reproche lastimero,  
la gran lamentación de la vacada!

## EN UN PLAYON

En un playón del bajo Magdalena,  
que bate el agua con oleaje rudo,  
hay un árbol fantástico, desnudo  
de toda pompa, en medio de la arena.

Igual a mí, con majestad serena  
resiste al golpe de huracán sañudo.  
Solos y sin verdor, yo te saludo:  
compañero, la misma es nuestra pena.

Una tímida garza cruza el cielo,  
y de aquel árbol en las secas ruinas  
detiene el blando y silencioso vuelo.

Y en medio de sus míseros escombros,  
se me parece a ti cuando reclinás  
tu cabecita frágil en mis hombros.

JULIO FLOREZ

## EN EL RIO MAGDALENA

Fulge del río el agua plañidera;  
y un roble, ya decrepito y sombrío,  
que se está deshojando en la ribera,  
mira rodar sus hojas en el río.

¿Qué importa al roble aquel que Flora vuelva?  
No reverdecerá... Seco y a solas  
aquel titán —despojo de la selva—  
seguirá deshojándose en las olas.

¡Oh roble, hermano mío! ¡Ribereños  
somos de dos raudales que en su huída  
arrastran: uno, llanto; el otro, leños!

¡Yo también, con el ánimo rendida,  
mirando estoy el polvo de mis sueños  
rodar sobre los tumbos de la vida!

## LA VOZ DEL RIO

Al monte, al valle y al río,  
—¿en dónde está el amor mío?  
¿En dónde está?—pregunté.  
Monte y valle enmudecieron,  
y como no respondieron,  
murmuró el río: —¡Yo sé!

La que te amó tanto, inerme,  
sobre mis arenas duerme  
debajo de aquel bambú;  
mas ya es mía: en su despecho,  
vino a acostarse en mi lecho  
cuando la olvidaste tú...

En ese bambú, parleros,  
le cuentan los clarineros  
sus desventuras de amor;  
y en la noche le hacen dúos  
melancólicos los buhos,  
de la luna al resplandor.

Por el viento desgredada,  
¡pobrecita! una callada  
noche a mi orilla llegó;  
me habló de tí, ¡pérfido hombre!  
y sollozando tu nombre  
en mis olas se arrojó.

Por un milagro divino  
ya su cuerpo alabastrino  
nunca se disgregará;  
al arrullo de mis ondas  
y al amparo de estas frondas  
para siempre dormirá.

A los rayos de la luna  
parece una ondina, una  
ondina que esparce luz;  
con mis piedras la he formado  
un cementerio: un cercado,  
una losa y una cruz.

Cuando Primavera brilla  
en esta cálida orilla  
y comienza a florecer,  
cae una y otra flor, bella,  
y como todas son d'ella,  
quizás las siente caer.

De mi amor en el exceso  
noche y día yo la beso  
y la cubro sin cesar  
con mis espumas lucientes  
y mis olas transparentes,  
más puras que las del mar.

Vén, si acaso quieres verla:  
pensarás que es una perla  
que se cuajó en mi cristal;  
como el sol tanto fulgura,  
sobre su blanca hermosura  
de espumas le he puesto un chal.

Desconsolado, a la orilla  
llegué; doblé la rodilla,  
y en el claro fondo vi  
su cuerpo al pie de una roca;  
me sonreía su boca  
como un doliente rubí.

Mas ¡ay! que en un arrebató  
de celos, el río, —¡Ingrato!  
—me dijo— ¡Véte de aquí!  
Ya es mía; duerme en mi lecho...  
A ella no tienes derecho...  
¿No la abandonaste? ¡Dí!

Y para aumentar mi pena  
la fue cubriendo de arena  
aquel celoso hablador,  
en tanto que murmuraba:  
—Te amaba mucho... Te amaba...  
¡Pero ya es mío su amor!

Desde entonces, alma mía,  
cuando va a morir el día  
allí me voy a sentar,  
y con hondo sentimiento,  
lleno de remordimiento,  
no hago más que sollozar.

Y cuando la noche llega  
y con sus sombras la vega  
inunda, empiezo a gritar  
como un loco: “¡Río, río,  
devuélveme el amor mío,  
que me canso de esperar!...”

JULIO FLOREZ

¡OH MAR!

¡Oh mar! tú me consuelas y me abismas  
con tu eterno clamor de encarcelado...  
¡También mi corazón atormentado  
tiene y tendrá tus amarguras mismas!

Sueño ser algo tuyo  
en esta noche bella:  
¡como sueña el cocuyo  
ser algo de una estrella!

Al recordar las dulces barcarolas  
que ella y yo, bajo el oro de tus brumas,  
cantábamos ayer, juntos... a solas,

tanto al mirarte el corazón me abrumas,  
que quisiera ser una de tus olas  
o siquiera un jirón de tus espumas!

## AL MAR CARIBE

“Aquí estás a mis plantas tembloroso,  
tendida al ronco viento la melena  
blanca y azul; tu aliento de coloso  
alza hasta mí la movediza arena.

Y te oigo respirar, monstruo gigante,  
que a los siglos atado te estremeces  
con estremecimientos de bacante.

Ya que al fin a mis ojos apareces,  
immensamente triste,  
con tus espumas níveas y tus olas  
que de púrpura y oro el sol reviste,  
voy a contarte mi secreto a solas”.

Así le dije al mar, y con sentida  
voz le conté el desastre de mi vida.  
Y al conocer mi negra desventura,  
“¡Hombre!—exclamó con dolorido acento—  
¡Soy grande! Pero más es tu tormento.  
¡Soy hondo! Pero más es tu amargura”.

Y en el propio momento  
en que bajaba la tiniebla oscura  
y yo como un espectro me alejaba  
a merced de una ráfaga de viento,  
¡me pareció que el monstruo sollozaba!

## ULTIMA HOJA

En los brazos nudosos de las encinas  
(de las viejas encinas), largos y secos,  
antes de entrar alegres, de las ruinas  
    en los lúgubres huecos,  
se detienen y gimen las golondrinas.

Yo me detengo apenas en esta hoja,  
en esta hoja frágil y tersa y blanca,  
y antes de ir donde el llanto la tierra moja,  
    el ¡ay! de una congoja  
entre amargos sollozos de mí se arranca.

## INDICE

# INDICE

Julio Flórez .....	Págs. 7
--------------------	------------

## PRIMERA PARTE

### EGO SUM

Resurrecciones .....	23
Abstracción .....	24
El Canto Libre .....	25
La Gran Tristeza .....	26
La Balada Inédita .....	28
La Araña .....	31
Todo nos llega tarde .....	35
De viaje .....	36
Mi Tumba .....	37

## SEGUNDA PARTE

### MUJER

Flores Negras .....	41
Tus ojos .....	42
Arrullo .....	43
¿En qué piensas? .....	45
¿Quién Oye? .....	47
A una gitana .....	48
Visión .....	49

	Págs.
Aún .....	50
Sol Blanco—Tus ojos .....	51
Reto .....	52
La Desahuciada .....	53
Noche de Noviembre .....	54

### GOTAS DE AJENJO

Huyeron las golondrinas .....	57
Hermosa y sana en el pasado estío .....	57
Le aserraron el cráneo .....	58
Una cuna rosada que la luna .....	59
En las tardes brumosas del invierno .....	60
Oyendo está tus rumores .....	60
Todas las embriagueces de la vida .....	61
Triste fatalidad .....	61
Lloró cuando la dije: "Adiós, mi vida" .....	62
Si mi boca fuera abeja .....	62
Sus ojos se entornaron; sobre los blancos hielos .....	62
Hoy ella ya no existe; bajo un rosal florido .....	63
Bajo los altos cipreses .....	63
Siempre miraba, soñolienta y fría .....	62
En la sala anatómica .....	63
A la media noche .....	64
¡Tú no sabes amar! ¡Acaso intentas .....	65
Cuando lejos, muy lejos, en hondos mares .....	66
Nace el hombre y llora y llora .....	66
Naciste en fresco bosque y yo en playas desiertas .....	66
Veo, como a través de una esmeralda .....	67
Vestida de blanco la vi una mañana .....	67
No os enorgullezáis, niñas hermosas .....	68
Cuando se destrenzó tu cabellera .....	68
¿Que robé un beso a tu faz? .....	69

## TERCERA PARTE

## MADRE

	Págs.
A mi madre . . . . .	73
La Pedrada . . . . .	74
¿Ves esa vieja . . . . .	75
Astro del Alma . . . . .	76
Altas ternuras . . . . .	77
Las manos de mi madre . . . . .	85
Estrellas . . . . .	87
¡Oh Luna! . . . . .	89
¡Tóma mi cuerpo, madre, te lo entrego . . . . .	90

## CUARTA PARTE

## ROSAL DIVINO

El Rosal Divino . . . . .	93
Silencio santo . . . . .	94
La pedrería del Dolor . . . . .	95
¡Elí, Elí, Lamne Sabachtani! . . . . .	96
Job . . . . .	97
La lágrima de Satán . . . . .	98

## QUINTA PARTE

## ORBE

*AÑO ARMONICO*

Primavera . . . . .	101
Estío . . . . .	103
Otoño . . . . .	106
Invierno . . . . .	109

*HORAS*

	Págs.
Aurora . . . . .	111
Mediodía . . . . .	114
Ocaso y Noche . . . . .	117
Apoteosis . . . . .	120
Himno a la Aurora . . . . .	122
Himno a la Noche . . . . .	123
Idilio Eterno . . . . .	126
Buscadores de Orquídeas . . . . .	128

*LAS DOS MISAS*

La Misa Blanca . . . . .	132
La Misa Negra . . . . .	133
Cosecha de Amor . . . . .	134
Al Tequendama . . . . .	135
Fulminado . . . . .	136
En un Playón . . . . .	137
En el río Magdalena . . . . .	138
La Voz del Río . . . . .	139
¡Oh Mar! . . . . .	142
Al Mar Caribe . . . . .	143
Ultima Hoja . . . . .	144